

OÑA, PEDRO DE (1570-1643)

Escritor del Chile colonial nacido en Angol de los Confines (o de los Infantes) en 1570. Era hijo de Gregorio de Oña, muerto poco después en la guerra contra los mapuche, y de Isabel de Arcucio, que luego volvería a casarse con un pariente político de García Hurtado de Mendoza. Tal vez el parentesco del segundo marido de su madre sirvió para que este muchacho, de aproximadamente 19 años, viajara a Lima a estudiar en el Real Colegio de San Martín y luego en la Universidad de San Marcos. Becado por García Hurtado (quien tomó el cargo de virrey en 1590), figura como bachiller en 1596, el mismo año de la publicación de su clásica obra *Arauco Domado*, reimpresa en Madrid en 1602.

García nombró a Oña corregidor de Jaén de Bracamoros y luego partió a España dejando el Virreinato. La obra fue prohibida por los opositores de García, muchos de ellos quiteños disgustados por la postura adoptada por el escritor al narrar la rebelión ocurrida en esa ciudad. Hubo, incluso, un proceso en su contra.

Viudo de Ana Farfán de los Godos y con cinco hijos, Oña volvió a Lima, hacia 1602, con muchos problemas económicos. Cuatro años más tarde, siendo corregidor en Yauyos, publicó el poema "Temblor de Lima", dedicado a Juan de Mendoza, hijo mayor del virrey. Posteriormente, asumió el puesto de Corregidor en Calca, se casó con Beatriz de Rojas y, en 1630, publicó "Canción Real", dedicada a San Francisco Solano. En 1636 apareció un nuevo poema, "Ignacio de Cantabria", relativo a la Compañía de Jesús y a su fundador; por esa fecha había terminado de escribir, además, su otra obra mayor, *El Vasauro*. No se conoce con precisión la fecha de su muerte, ocurrida probablemente hacia 1639.

Obra

Arauco Domado es un poema épico compuesto de un exordio y diecinueve cantos, versificados en octavas endecasílabas y dedicado a ensalzar la figura de García Hurtado de Mendoza hasta límites insospechados, pues en ocasiones lo trata de santo o lo pone a la altura de las grandes figuras de la antigüedad, llamándolo "sublime garza San García", "nuevo Aquiles", etc. Alonso de Ercilla y su obra son mencionados en el poema, e incluso existen semejanzas con *La Araucana*, especialmente en parte del asunto tratado, en las caracterizaciones de los indígenas, idealizadas según los cánones clásicos, discursos araucanos basados en la retórica latina, paisajes descritos al modo renacentista y alusiones a la mitología clásica. Similitudes hay, también, en términos de estructura, como la presencia de reflexiones ético-filosóficas al inicio de los cantos, las indicaciones sobre la dirección que tomará la narración o interrupciones de un canto en momentos de suspenso, para continuar el relato al canto siguiente. En el *Arauco Domado* se narra la petición al virrey del Perú para que envíe a su hijo García a Chile a solucionar los problemas del alzamiento indígena. En el viaje por mar que se describe a continuación se hace una importante alusión a Virgilio y se pondera la actuación española frente a los araucanos, desde agosto a noviembre de 1557. García Hurtado de Mendoza aparece como

el paladín que incluso derrota en singular combate al cacique Caupolicán. En esta historia se intercalan los relatos de los amores de Fresia y Caupolicán, y los de Gualeva y Tucapel. El resto de la narración corresponde a hechos acontecidos años después, cuando don García era Virrey del Perú: el triunfo del héroe frente a los insurrectos de Quito, anunciado en el sueño de Quidora, hechicera y esposa de Talgueno y ocurrido, en la realidad, en 1592; y la victoria sobre el corsario Richard Hawkins, llamado Richarte Aquines en el poema, lograda en 1594 por Beltrán de Castro y de la Cueva, familiar de García.

Es Pedro de Oña un poeta sensorial, delicado, fino, culto e hiperbólico en ocasiones, y experto en describir colores y sonidos. Su marcado sentido del color y su lenguaje hiperbólico han de relacionarse con su tendencia barroca, ya que precisamente el barroco literario se caracteriza, entre otros puntos, por su extraordinario cromatismo y por su afición a alterar el orden corriente de la expresión, características ambas que son una manifestación del dinamismo y de la tendencia a la ruptura de este período estético. Existe también una alteración de tipo sintáctico, fundamentalmente en cuanto a la anteposición de adjetivos respecto a los sustantivos.

Al finalizar el poema quedó expresada la intención de una segunda parte, pero nunca llegó a concretarse.

En 1639 apareció *El Vasauero*, cuyo nombre proviene de "vaso áureo". El libro relata hechos de los Reyes Católicos durante la guerra dinástica de 1466 y la lucha que culminó con la expulsión de los árabes de Granada en 1492. En este poema se alaba la actuación de Andrés Cabrera e Isabel Bobadilla, condes de Chinchón, antepasados del Virrey del Perú, a quien el poeta dedicó su obra mayor. La dedicatoria de la obra -a Cabrera- está firmada en 1635; es la última fecha en que se sabe algo de Oña. Las características barrocas del escritor se acentúan en este poema. Su lenguaje se afina y alcanza mayor madurez narrativa.

(*Enciclonet*)

PEDRO DE OÑA (1570 - 1643)

(Los Infantes de Angol, Chile, 1570 - Calca, Perú, 1643) Poeta chileno, considerado primer poeta nacional, célebre por su poema épico *Arauco domado*. Hijo del valeroso capitán Gregorio de Oña, que murió en la conquista de Chile, vivió los primeros años de su juventud en un ambiente de lucha y de guerra. El mismo lugar en que nació no era más que un fortín adelantado de los españoles, en los confines del territorio dominado por los indígenas.

El segundo matrimonio de su madre con una persona influyente benefició la carrera del poeta, quien pasó a Lima para estudiar en el Real Colegio de San Martín y, más tarde, en

la Universidad de San Marcos. Fue apoyado y becado por Hurtado de Mendoza, de modo que en el año 1596 se graduaba de bachiller en Lima; ese mismo año se publicaba *Arauco Domado*, su obra clave.

En ella, lejos del planteamiento de *La Araucana* de Ercilla, se alababa desmedidamente el valor español y, especialmente, el de García Hurtado de Mendoza. Se dice que fue este último quien encargó el poema para contrarrestar el "olvido" que de él se hacía en *La Araucana*. Si no fue Hurtado quien realizó tal encargo a Pedro de Oña, lo hizo alguien próximo a él.

Cuando el virrey Hurtado abandonó Perú, sus enemigos cargaron contra Pedro de Oña; el poema fue prohibido y el poeta fue denunciado por algunos escritos, que el deán del arzobispado de Lima, Pedro Muñiz, consideró difamatorios. Por si fuera poco, enviudó y quedó con cinco hijos a su cargo. El nombramiento político de corregidor de Jaén de Bracamoros, con que le había recompensado Hurtado de Mendoza, le fue suspendido y Oña tuvo que volver a Lima, donde procuró su sustento como lancero y abogado, pasando graves apuros económicos.

En el año 1605 se reimprimió en Madrid *Arauco Domado*. Cuatro años más tarde, aparecía en Lima el poema *El temblor de Lima*, al tiempo que mejoraba su situación personal, pues fue nombrado corregidor de Calca, lo que le animó a contraer nuevo matrimonio con Beatriz de Rojas; en 1630 publicó *Canción Real* y en 1639 daba a la imprenta una nueva obra dedicada a la Compañía de Jesús, titulada *Ignacio de Cantabria*. Otro poema extenso escrito por él de aquellas fechas fue *El Vasauero*.

Pedro de Oña fue el más conspicuo representante, en Chile, del espíritu renacentista y barroco, fundidos y sobrepuestos en su obra. Hombre de finísima sensibilidad y artista de notable valor, fue, sin embargo, de carácter demasiado oportunista, dado a la adulación interesada. Sus poemas de madurez evidencian la influencia de Góngora.

[\(http://www.biografiasyvidas.com/\)](http://www.biografiasyvidas.com/)

EL ARAUCO DOMADO

EXORDIO

Si pluma y vista de águila tuviera,
pluma con que romper el vacío seno
y vista para ver el sol de lleno,
seguro de temor volara y viera;
o si tan remontada no estuviera
la soberana cumbre do me estreno.
prestárame el trabajo sus escalas

o me valiera entonces de mis alas.

Mas si para poder volar tan alto
y ver el resplandor de mi sujeto,
conozco de mis plumas el defeto
y cuanto soy de vista pobre y falto:
¿qué miedo? ¿qué temor? ¿qué sobresalto
habrá que no me cerque en tal aprieto?
Adonde se me pone por delante
un amasado muro de diamante.

¡Oh cuán terrible empresa tomo a cargo,
oh cuan difícil y ardua cosa intento,
oh cuantos culpan ya mi atrevimiento
y acuden a ponérmele por cargo!
Mas hay una razón en mi descargo,
que en obras semejantes el intento
(haciéndose el deber por emprendellas)
basta para llevar el premio de ellas.

Ultra de que mirándose la obra,
veráse la materia ser tan alta,
que todo lo que en vista y pluma falta
(sin falta) en lo que ve y escribe sobra:
por donde sobresalto ni zozobra
no me zozobra ya ni sobresalta,
porque me da motivo de osadía
lo mismo que me daba cobardía.

Pues canto, más cantar es devaneo
después de tantos célebres cantores
en quienes conoció competidores
la resonante cítara de Orfeo;
aunque la letra obliga y -mi deseo
a sacudir solícitos temores,
que si me llevan todos en el canto,
yo solo mucho llevo en lo que canto.

Con todo, suena mal un ronco acento,
si el arte, gracia y crédito le falta,
y la tonada es consona y tan alta
para tan bajo y disono instrumento:
favoreced, señor, el buen intento,
que bastara a suplir cualquiera falta,
no siendo necesario más abono
que dar vuestros oídos a mi tono.

A solo vos favor en esto pido,
pues darle en todo a sólo vos es dado;
de vos le tiene quien le da, Hurtado,
y debe ser a vos restituido,
que siendo yo de vos favorecido
de nadie puedo ser desayudado,
porque si de mi parte a Jove llevo,
conmigo se vendrán Minerva y Febo.

A vuestro ser consagro mi escritura;
suplico la miréis, que más es vuestra
por ser labor sacada de la muestra
que en vos dejo estampada su figura.
Porque con esto sólo va segura
y pone obligación a quien se muestra,
de que mirado el blanco a donde tira,
mire, si la mirare, como mira.

Que vista la grandeza del sujeto
y quien (para cantársele) me toca,
¿quién hay tan recio y áspero de boca
que no le tenga un freno tal, sujeto?
¿O quién habrá tan falto de respeto
que si un animalillo se coloca
allá en lugar supremo y venerado
toque (por derribarlo) a lo sagrado?

Y pues que por mirar mis pies tan cojos
es visto que la vista no se os mengua,
haced que el envidioso quede en mengua
y que callando mire sus despojos,
que donde vos pusiéredes los ojos
ningún osado habrá que ponga lengua,
mas ante le haréis que con asombro,
estirando la ceja, encoja el hombro.

El vulgo fácil es el mar hinchado,
es la barquilla frágil mi talento,
yo soy el pobre Amicias tremulento,
del recio temporal amedrentado:
mas sedme vos el César don Hurtado,
pues mucho más tenéis de nacimiento,
y no me detendrá temor de Escila
ni fiera boca rábida ni zoila.

Mirad, señor, que os pongo aquí adelante
a vuestro claro padre por espejo,
a donde bien podéis tomar consejo,
dado que para darle sois bastante:
para que viendo en el vuestro semblante,
si al suyo no se iguala por parejo,
con ansia de que igualen sus figuras
acometáis iguales aventuras.

Sabed agradecer al santo cielo
con agradecimiento que le cuadre
haberos hecho hijo de tal padre,
que de tenerle en sí blasona el suelo,
y que para seguir su raudo vuelo
os da bastantes alas vuestra madre,
pues tales con el aire no las peina
el ave que de todas es la reina.

Mas, oh sublime garza san García,
(que es nombre con que el bárbaro os honora
y bien os cuadra y viene desde ahora,
si en la virtud está la nombradía),
perdonen vuestras plumas a la mía,
que de su vivo lustre las desdora,
si puede ser bastante a deslustrallas
el no saber (cual piden) alaballas.

Aunque resulta gloria más entera
(según algunos dicen) de que alabe
el ignorante simple que no sabe,
que si el discreto sabio lo hiciera:
y dada esta opinión por verdadera,
en tan capaz sujeto sólo cabe,
según es mi palabra de crecida,
teniendo mi simpleza por medida.

Al universo mundo satisfago,
si ya no está (cual debe) satisfecho,
que sin comparación es más lo hecho
que (si lo hiciera Homero) lo que hago;
entienda que el recibo es más que el pago,
ya que si (haber allá tan largo trecho
del dicho al hecho) enseña el viejo dicho,
aquí va mucho más del hecho al dicho.

No estriba ni se funda mi osadía

en ver que es todo vuestro lo que escribo,
pues aunque sepa yo que es firme estribo,
vos no os dejáis llevar por esta vía;
ser tal por si la grave historia mía
es la poblada fuerza donde estribo,
y ser tan importante a todo el mundo
seguro fundamento en que me fundo.

Otra razón también me hizo fuerza,
que si faltaran todas ésta sobra
para poner las manos en la obra,
por más que de mi estudio el paso tuerza;
es que con más el ánimo se esfuerza,
y aquel perdido anhelito recobra,
ver que tan buen autor apasionado
os haya de propósito callado.

Pensó callando así dejar cerrada
de vuestra gloria y méritos la puerta,
y la dejó de par en par abierta,
dejando su pasión descerrajada;
sin vos quedó su historia deslustrada
y en opinión quizá de no tan cierta,
mas tal es un rencor que da por bueno
el daño propio a trueque del ajeno.

¿Quién a cantar de Arauco se atreviera
después de la riquísima araucana?
¿Qué vos latina, hespérica o toscana
por mucho que de música supiera?
¿Quién punto tras el suyo compusiera
con mano que no fuese más que humana,
si no le removiera el pecho tanto
el ver que sois la pausa de su canto?

Pues ésta ha sido casi todo el punto
de donde le tomé para cantaros,
doliéndome que en cánticos tan raros
faltase tan subido contrapunto;
mas bien será que cese lo que apunto
y que de vuestros hechos más que claros
a resonar comience alguna parte,
que para lo demás ninguno es parte.

CANTO I

Canto el valor, las armas, el gobierno,
discanto aviso, maña, fortaleza,
entono el pecho, el ánimo y nobleza
del extremado en todo joven tierno;
hinche la fama ahora el áureo cuerno,
apreste de sus alas la presteza,
redoble su garganta el claro Apolo,
y lleve esta voz de polo a polo.

Las vengadoras furias entre tanto,
y toda aquella mísera canalla
que con eterna perdida fe halla
en el oscuro reino del espanto:
absorta en las grandezas de mi canto,
suspenda (si es posible) su batalla,
el cielo, estrellas, mixtos elementos,
reciban con aplauso mis acentos.

A la sazón que Chile belicoso
más levantado y más soberbio estaba,
y más mostrar al mundo procuraba
la fuerza de su brazo vigoroso,
cuando más arrogante y orgulloso
la dura tierra el bárbaro hollaba,
con muestra tan gallarda y tal denuedo,
que al ánimo español causaba miedo;

cuando la tierra estaba ya de suerte
que no daba lugar al bautizado
adonde estar un punto asegurado
de la espantosa imagen de la muerte,
postrado ya su muro y casa fuerte,
Valdivia muerto, Penco despoblado,
Aguirre y Villagrán sobre el gobierno
alzando al cielo llamas del infierno;

cuando por las victorias alcanzadas,
Arauco amenazaba al mismo cielo,
teniendo tan en poco lo del suelo,
para con el rigor de sus espadas,
y cuando sobre picas levantadas,
(Oh lúgubre espectáculo, y señuelo)
andaban las católicas cabezas
cortadas de sus troncos hechos piezas;

de blancos huesos blanca parecía
la verde superficie de la tierra,
y a las corrientes claras de la sierra
la derramada sangre enrojecía,
cuando la guerra el Héspero temía
y el bárbaro gritaba "guerra, guerra",
pensándola hacer a todo el orbe
sin que el poder humano se lo estorbe.

Y a cuando su curtida y ruda planta
pisaba el rojo círculo de Oriente,
y el español sumido en Occidente
mostraba ya al cuchillo la garganta,
atierra Tucapel y Rengo espanta,
brama Lincoya y muéstrase valiente,
por ver su fuerza idólatra crecida
y la del fiel ejército perdida.

Tronaba el alto Júpiter tonante,
y en cólera bañado y furia brava
al corazón hispánico arrojaba
su poderoso rayo corruscante;
aquel que viste planchas de diamante
el acerado escudo se embrazaba,
y con vibrar el asta por el cuento
mostraba su feroz y crudo intento.

Entonces con añuda vista horrible,
miraba la Belona nuestro bando,
y al indio con semblante ledo y blando,
regocijaba todo lo posible;
aquella diosa lúbrica y terrible,
su voladora rueda volteando,
al bárbaro en la cima colocaba
y al fido allá en el centro sepultaba.

La sacra y evangélica doctrina,
sembrada en el estéril pecho bruto,
no daba de virtud el rico fruto,
que el vicio lo ahogaba con su espina
señales eran todas de ruina,
de lamentable voz y triste luto,
y todo tempestad, sin esperanza,
de ver jamás el rostro a la bonanza.

Entonces pues, habiendo como digo,
el reino triste a lo último llegado,
ya casi de vivir desconfiado
y de tener jamás algún abrigo;
la suerte se trocó, y el cielo amigo,
de espesas nubes limpio y espejado,
volviéndose con súbita carrera,
las cosas ordenó de otra manera.

Pues desechado ya su duro ceño,
la Palas descubrió su rostro afable,
prestando la señora variable
también el suyo plácido y risueño,
y oliendo la venida de su dueño,
que a todo su pesar la tiene estable,
a su rodante globo dio la vuelta,
en ser de nuestro bando ya resuelta.

Lo cual se pareció patente y claro,
pues en adivinando su partida
Fonuna comenzó a enmendar la vida,
quitándosela al mísero Lautaro;
por vuestro padre vino aquel reparo,
al cual bastó la voz de su venida,
que el resplandor del sol, sin que él parezca,
ya suele tener hecho que amanezca.

Bien como el ocupado en un oficio,
do lo que puede ensancha la conciencia,
cuando cercana ve la residencia,
se vuelve a la virtud, dejado el vicio;
así tortura viendo por indicio
que el joven acercaba su presencia,
del áspero castigo temerosa,
anticipo la vuelta presurosa.

Determinóse en darla más apriesa,
cuando la tierra (estando como cuento).
pidió favor y mano al rico asiento
que Lima con sus ondas atraviesa;
entonces comenzó la gente opresa
a recibir, señor, algún aliento,
y desde aquí principio yo la historia
adonde se origina vuestra gloria.

Estando pues así mi patrio suelo,
despacha para Lima embajadores,
un prospero lugar de los mejores
que cubre el ancho concavo del cielo,
adonde gobernaba vuestroabuelo,
aquel tan duro freno de traidores
y espuela de los animos leales,
cuyas memorias viven inmortales.

Aquel que con los santos al presente,
ya lejos de cuidados y zozobras,
en galardón y premio de sus obras
a Dios está mirando claramente;
aquel de caridad tan excelente,
que son como reliquias de ella y sobras,
la puente, el hospital y monasterio,
que ilustran el antártico hemisferio.

Llegados los de Chile a su presencia,
le fue por breves términos propuesto
el término en que todo estaba puesto
para que tome el pulso a la dolencia,
pidiendo en conclusión a Su Excelencia
lo saque del peligro manifiesto
por mano de su propio hijo caro,
pues golpe tal requiere tal reparo.

Discreta petición si ser podía,
que cuando aquella tierra trabajosa
estaba de su vida más dudosa
pidiese su salud por don García.
Con sobra de razón por él envía,
pues si la enfermedad es peligrosa
y el alma está entre el uno y otro labio,
es bien llamar al médico más sabio.

No dilato la dádiva perplejo
el pecho del Marqués a más bastante,
que luego (pareciéndole importante),
a su demanda dió sabroso deajo,
y de primero y último consejo,
mostrándoles benévolo semblante,
fue de su voluntad el hijo dado
y en el tablero bélico arrojado.

Que ni el amor, con ser tan poderoso,

es parte a que lo niegue ni suspenda,
ni el ser fragosa y áspera la senda,
ni el trance a que lo pone peligroso,
ni el golpe, de sentirse congojoso,
por empeñar así tan cara prenda,
le hace vacilar el firme pecho
sobre dejar a Chile satisfecho.

Respetos amorosos atropella,
aunque pudiera bien seguir tras ellos,
y dejase llevar por los cabellos,
por ir a la razón, que es todo de ella,
los ojos solamente pone en ella,
quitándolos de quien es lumbre de ellos,
y quiere de este bien quedar privado,
anteponiendo el publico al privado.

Aquella luz que el mundo toma claro
y con su curso rápido le mide,
de sí su rayo fúlgido despide
a trueque de no ser al suelo avaro;
así de sí despide al hijo caro,
por que el aflicto reino se le pide,
por donde bien, el bárbaro decía,
tener por hijo, el sol, a don García.

Mas harto diferente del hermano,
cuyo desastre y mísera caída
en Alamo Lampecie convenida,
no menos que Fetusa llora en vano;
aquél soltó la rienda de la mano,
éste la tuvo siempre recogida;
si aquél dejó de daño tanto hecho:
veréis lo que éste deja de provecho.

Ya pues el grave y lícito mandato
del orden paternal obedeciendo,
se va por don Hurtado disponiendo
el militar oficio y aparato.
Ya huele todo a cosa de rebate,
ya suenan de las armas el estruendo,
ya toda Lima es tráfigo y bullicio,
rumor confuso y áspero ejercicio.

Ya desde los balcones descogidas
tremolan con el aire las banderas,

y queriéndolo abrazar de mil maneras,
con verse de sus manos sacudidas,
mil aguas hacen cotas enlucidas,
rayos de fuego brotan las cimeras,
ya la pajiza pluma y roja banda
jugando por cabeza y pechos anda.

Ya salen de las tiendas los brocados
y sedas mil, distintas en colores,
ya sacan vistosísimas labores,
vestidos y jaeces recamados;
por otra parte petos acerados
y adargas, ya de cuadros, ya de flores,
venablos, lanzas, picas y jinetas,
mosquetes, arcabuces y escopetas.

Ya luchan con el viento los penachos
encima de argentados morriones,
y mozos levantados fanfarrones,
mirándose, retuercen los mostachos;
ya todos echan velas y velachos
en sobrevistas, galas invenciones,
acero, plata y oro por doquiera
espejos son si Apolo reverbera.

El bélico frisón se lozanea
del ronco taratántara incitado,
y el polvo con la pata levantado
el espumoso rostro polvorea;
en bello alarde a guisa de pelea
se representa el plástico soldado,
y el milite bisoño se señala
para llevar la joya de la gala.

Por acullá la pieza reforzada
el cálido artillero pone a vista,
y luego el ahumado polvorista
refina su materia salitrada;
acá los viejos dan en la jornada
haciendo de palabra la conquista,
allí veréis los sastres en sus cortes
estar en esto mismo donde cortes.

Ya Lima con soberbia, fausto y pompa
se hincha, se levanta, se engrandece,
y deshacer su fábrica parece

o que de todo punto se corrompa;
al son de caja, pifano y de trompa,
el aire, el mar, la tierra se ensordece,
y cuanto con sus términos encierra
es un tumulto y máquinas de guerra.

El cano y turbio Rimac resonante,
que de vejez en urna se recuesta,
su ronca voz levanta sobre apuesta
con este son de guerra disonante;
mas aunque se desgane no es bastante
para ganar el viejo lo que apuesta,
porque el murmullo y bélico ruido
le tiene su murmullo ensordecido.

En esa gran ciudad que Dido funda
para su albergue y último recurso
no suena tal estrépito y concurso,
tal trápala, tropel y baraúnda;
o cuando el ancho mar la tierra inunda
saliendo de sus límites y curso,
no vemos a la gente convecina
con tal fervor y bulla en la marina.

Sonaba por las fraguas de Vulcano
la presurosa y dísona armonía,
que el coro con los Cíclopes hacía
para forjar el fuerte arnés galano,
mas uno sólo hizo de su mano,
que presentó después a don García,
adonde tal primor y gracia cupo
que hizo más en él de lo que supo.

Y no fue menester para hacello
que Venus halagüeña intercediese
ni que fingidas lágrimas vertiese
colgándose lasciva de su cuello,
pues antes recibió pesar en ello
y nunca fue devoto que se hiciese,
rabiosa de que el joven la desprecia,
que para la mujer es cosa recia.

Mas no le aprovechó con el marido
aquel usado modo lisonjero,
pues tuvo a todo fuerte como herrero
que tiene hecho a golpes el oído;

mas pudo, que la madre de Cupido
el mérito y valor del caballero
y el interés también de dar Vulcano
tan buen lugar a la obra de su mano.

Es otra ligerísima gigante
tan desigual engendro de la tierra
que por hablarlo todo en mucho yerra,
plumosa del cabello hasta la planta,
rompiendo a gritos altos la garganta
extiende con su voz la de esta guerra,
y así de mano en mano y gente en gente
por todas va sonando claramente.

Bajaron de la sierra y de los valles
tal número de gente forastera,
que dar lugar a tantos no pudiera
a no tener el pueblo tantas calles;
andaban por allí gentiles talles,
la gala y presunción por donde quiera,
soldados valentísimos y nobles,
mirtos en condición, en fuerza robles.

No acuden a la voz del padre vivo
por muerto en larga ausencia reputado
la madre, la mujer, el hijo amado
con paso tan ligero y sucesivo:
ni al reclamar del pájaro cautivo
tan presto llega el otro libertado,
como al reclamo y voz de don García
gente de todas partes concurría.

No canto deleitoso de sirena
ni música del músico de Tracia
ni piedra imán jamás fue de eficacia
para llamar (trayendo a sí) tan buena,
cuanto la faz tan plácida y serena,
aquella compostura, aquella gracia
lo fue para mover las voluntades
de mozas y decrepitas edades.

Por donde tanta gente se le llega
tan plática, tan brava, tan lucida,
que a los de menos ánimo convida
a verse ya en alguna cegarrega;
el furibundo Marte no sosiega

que la conchosa túnica vestida
despierta, solícita, sopla, enciende,
y el fuego militar en todos prende.

Con esto, pues, la tropa congregada
haciendo las debidas prevenciones
de máquinas, pertrechos, municiones
y cuanto se requiere a la jornada,
despacha por la costa despoblada
de bastimentos lleno y provisiones
un capitán astuto y diligente
con un copioso número de gente.

Ya con gallarda muestra va saliendo
la hueste militar que va por tierra
cuyo contorno y límites atierra
del fulminoso Marte el son horrendo;
vanlos con ojos húmedos siguiendo
aquellos flacos pechos do se encierra
del falso niño dios la dulce jara,
que a todos suele ser costosa y cara.

De ellos también atrás los rostros vuelven
adonde amor frenético los lleva,
y haciendo del dolor bastante prueba
el corazón en lágrimas resuelven:
mas a la fin, volviendo en sí revuelven,
tirados del honor y sangre nueva,
en tiempo y larga ausencia confiados,
que deste mal son médicos probados.

Julián, aquel famoso de Bastida,
se parte para Chile con la gente,
llevando los caballos juntamente
por Atacama, costa desabrida;
adonde en vez del pasto y la bebida
no hay más que el ancho mar y arena ardiente.
y por la playa a trechos y pedazos,
ariscas peñas y hórridos ribazos.

Quedóse con el tercio más granado
para surcar el campo cristalino,
abriendo con las quillas el camino
el valeroso electo don Hurtado:
pues ya que todo estuvo aparejado
y el tardo y perezoso tiempo vino,

salió de la ciudad el nuevo Aquiles
al son de claras trompas y añafiles.

Ya sale de su Roma el Africano,
ya sale de Tebas Hércules famoso,
de Grecia parte el griego valeroso,
a Troya deja el célebre troyano,
del cielo baja el Marte soberano,
de Lima se despide presuroso
nuestro caudillo, el último y postrero,
por ser de todos ellos el primero.

Y aunque tan mozo emprende tal jornada;
el padre en cometérsela no yerra
pues sabe ya el valor que en él se encierra
y cómo corta el filo de su espada:
por ser de sus pasadas heredada
y por haber halládose en la guerra
de Córcega, Rentin, de Sena y Flandes,
que son para volúmenes más grandes.

Adonde como siempre dio la cuenta
que al tronco de Mendoza se debía
creciendo como espuma cada día
en todo lo que el ánimo acrecienta;
es claro que podrá sacar de afrenta
al reino donde va y a quien le envía,
pues es costumbre propia de los buenos
que vayan siempre a más, y nunca a menos.

No quiero yo negar que de ordinario
para cualquier empresa y aventura
se tiene de buscar la edad madura;
mas digo que no siempre es necesario,
que en Alejandro vemos lo contrario,
y se verá mejor en mi escritura
que al hombre, la prudencia y el consejo
y no la mucha edad le hacen viejo.

Partido pues de Lima el mozo bello
encaminó sus pasos a la playa,
y en medio su escuadrón haciendo raya
de toda perfección echaba el sello:
sumo placer causaba en todos vello,
sumo pesar también de que se vaya;
todo el Perú su pérdida lamenta

y Chile su ganancia representa.

No sale tal el hijo de Latona
al tiempo que mostrándonos su lumbre
la verde cabellera de la cumbre
con rayos fulgentísimos corona,
cual muestra don Hurtado su persona
en medio la guerrera muchedumbre,
a la sazón que sale como digo
en busca del indómito enemigo.

Mírale el niño, el mozo, el anciano,
y desde su bacón la bella dama
a cuyo corazón helado inflama
aquel fogoso término lozano;
codícialle mirándole, y en vano
suspiros lanza, lágrimas derrama,
y síguele afectuosa con la vista
muriendo por hallarse en la conquista.

Tal iba por su ejército el mancebo,
que Sálmacis por Troco le tenía,
y Clicie por mirarle le volvía
el amarillo rostro, como a Febo;
Aurora, arrebatarle de nuevo
(teniéndolo por Cépalos) quería;
volverle los acentos Eco quiso
por no diferenciarlo de Narciso.

Es otra bella Dafne fugitiva
por apretarle el pecho bien quisiera
tornar la humana fábrica primera
dejando aquella faz vegetativa,
mas ya que de esto Júpiter la priva
espera (y no se engaña en lo que espera)
que si por Dafne seca el pecho pierde
la frente ganara por lauro verde.

No menos la selvática doncella,
por quien el otro en ciervo transformado
fue de sus propios canes devorado
no habiendo cometido más que vella,
tanto se ocupa en ver la traza bella
del valeroso joven extremado,
que dudo, si con ser tan casta y pura,
de estímulo de amor está segura.

Así de todos va mirado y visto,
mas él ninguna cosa ve ni mira,
que solamente pone en Dios la mira
y en propagar la fe de Jesucristo;
por estar sola causa raudo y listo
al proceloso mar derecho tira,
do esperan cuatro naves artilladas
pendientes de las áncoras ferradas.

Lucidas van escuadras, y cuarteles
con tan hermosos visos y colores,
cual suelen por Abril estar las flores
en los amenos prados y vergeles;
ya están a recibirlas los bateles
sonando dentro flautas y atambores,
cornetas, sacabuches y clarines,
a cuyo son se duermen los delfines.

Al pedregoso límite llegados
la tropa y el caudillo don García,
con una religiosa compañía
de clérigos y frailes consagrados,
empiezan nuevamente los soldados
a descubrir la gala y bizarría
con otros vistosísimos arreos,
airosos y gallardos contoneos.

Al espacioso mar y vega clara,
por donde ya pretende abrir carrera,
está mirando el joven desde afuera
y enamorando a Tetis con su cara;
a fe que si Calipso le hallara
(cual anda por aquí) por su ribera,
que nunca le agradara tanto Ulises
ni a Dido el primogénito de Anquises.

Mas ya llegado el tiempo favorable
confusamente fueron apiñados
el nuevo general con los soldados
en la nereida margen agradable.
Los barcos, por el agua deleznable
de mil pimpollos verdes coronados,
al término marítimo vinieron,
do a todos con sus vientres recibieron.

Y la marina estéril renunciando
con algazara, júbilo y contento,
a descansada boga y paso lento
se van las aguas líquidas cortando:
cual garza, el vuelo raudo levantando
si ve de la borrasca el mal intento,
levanta ahora el suyo don García,
por ver la tempestad que en Chile había.

Caminan pues al son de varios sonos
y al paso de chalupas enramadas,
que de los bravos Césares preñadas,
los paren en soberbios galeones,
a do con salva espesa de cañones,
con festivas voces y algaradas
fueron del marinaje recibidos,
ya de la dulce patria despedidos.

¡Cuan bien desde la tierra parecían
las flámulas tendidas por el viento,
y tantos gallardetes que contento
causaban con las ondas que hacían!
Parece que con ansia pretendían
soltarse todos a una de su asiento,
por irse tras el aire libremente,
llevados al amor de su corriente.

Bien como si el arroyo cristalino
a su raudal entrega la ramilla,
que estaba remirándose en la orilla
sin ver por dónde o cómo el agua vino;
veréis que por llevarla de camino
él hace su poder por desasirla,
y ella según se tiende y se recrea
parece que otra cosa no desea.

Lo mismo hace el viento delicado
con todos los gallardos tremolantes
llevándolos tan sesgos y volantes
que no se mueven a uno ni otro lado:
pues vista a la sazón por don Hurtado
de aquellos instrumentos rebombantes,
mandó que a recoger tocasen uno
para marchar a cuestras de Neptuno.

La gente con el tiro recogida,

por bordos y jaretas derramada
mira la dulce tierra y mar salada
deseando la serial de su partida;
pues no le fue más tiempo diferida,
que con zaloma el áncora levada,
y repitiendo el nombre de Cañete
largó la capitana su trinquete.

Al punto comenzó la blanca vela
a recoger el céfiro en su seno,
y con el soplo de él hinchado y lleno
rompe el naval caballo por la tela;
el aire va sirviéndole de espuela,
el sólido timón en vez de freno
con que fogoso, rápido y lozano
seguramente corre el mar insano.

El cual ahora está tranquilo y manso
alzando unas ampollas no de fuego,
que sin hacer espuma quiebran luego,
como si fuera el piélago remanso;
parece Tetis cama de descanso
cubierta con plácido sosiego,
según que manifiesta su bonanza
sin rastro ni sospecha de mudanza.

Así del puerto sale nuestra flota,
dejando boquiabiertos los Tritones,
de ver los poderosos galeones
y su feliz y próspera derrota:
la baja tierra ya se ve remota,
ya rompen alta mar los espolones,
ya más andar Favonio refrescando,
va recio las escoras estirando.

Sacaron las cabezas prestamente,
alzando fiestas de agua por sus bocas
delfines velocísimos y focas
por ver y dar solaz a nuestra gente,
y el gran señor del húmedo tridente,
en cuya mano están las altas rocas,
con Doris, Aretusa y Melicerta
la sale a recibir hasta la puerta.

Sesgando van así las mansas olas
por medio de marinas potestades,

que muestran sus alegres voluntades
haciendo sobre el agua cabriolas;
y no las que refiero vienen solas,
porque otras mil incógnitas deidades,
que en el cerúleo piélago se bañan,
las poderosas naves acompañan.

Pues vayan, como van, ganando tierra
por el salado mar y blanca espuma,
que quiero adelantarme con la pluma
saltando desde aquí primero en tierra;
diré lo que sucede en paz y guerra,
naciendo de uno y otro breve suma.
Mas porque estoy, señor, de aliento falto.
dejádmele tomar para este salto.

CANTO II

No hay cosa permanente ni segura
en esta miserable y corta vida,
do la prosperidad aún no es venida
cuando, para la vuelta, se apresura:
en parte es desdichada la ventura,
mirado lo que deja en su partida,
y en parte la desdicha venturosa,
pues parte sin dejar adversa cosa.

A los trabajos, lástimas y enojos
su plazo, fin y término se llega,
mas del que en ocio próspero sosiega
hace la diosa varia sus despojos;
¡cuán claros tuvo y lúcidos los ojos
aquel que a la fortuna vido ciega,
y que de humanidad le cupo al hombre
que de divinidad le puso nombre!

Si ya salir quisiéramos de engaño
y haber por infalible en todo hecho,
que en este mundo el día del provecho
es la solemne víspera del daño,
mucho mejor pasáramos el año
y no nos alterara cosa el pecho,
que si al venir los males nos alteran

es porque no pensamos que vinieran.

El que prosperidad acá tuviere
entienda que es depósito y empeño
para después volvérselo a su dueño
cuando el voluble tiempo lo pidiere:
y así no sentirá lo que perdiere,
mas (como quien despierta de algún sueño
en que feliz y próspero se vía)
se olvidará de todo con el día.

Si esta verdad tan liana conocieran
aquellos engañados naturales,
sin miedo, sin agujeros ni señales
sus daños esperaran y entendieran:
porque de tantos bienes coligieran
en clara consecuencia muchos males,
pues andan en su danza tan hermanos
que siempre van asidos de las manos.

Tiene Fortuna varia la costumbre
de la pesada piedra sisífea,
que el sin ventura Sísifo rodea
con fatigada prisa hasta la cumbre;
de donde con la misma pesadumbre
hacia lo bajo súbito voltea,
y sin que de parar allá se acuerde
apenas toma pie cuando lo pierde.

La piedra del estado es ya llegada
a la felice cumbre de la rueda,
y no pudiendo arriba estarse queda
será forzoso lance la bajada;
ha sido la subida acelerada
para que revolver a tiempo pueda,
que el curso de Hurtado se concluya,
a quien la gloria de esto se atribuya.

Mas de ello los idólatras inciertos
procuran ya quedar certificados
de todo lo dispuesto por los hados
a fuerza de mayores desconciertos;
porque juntando mágicos expertos
por únicos entre ellos reputados,
que para la decrepita caminan,
su pérfida consulta determinan.

Es vieja en estos indios la costumbre
de consultar sus falsos agoreros,
que quieren con pronósticos y agujeros ,
mostrar que lo futuro se columbre;
y así como les niega el sol su lumbré,
hacen allá en ocultos agujeros
de torpes sabandijas escrutinio,
ministras del nefando vaticinio.

Incítales el ver que su fortuna
con esquivez el rostro les ha vuelto,
mostrándoles el suyo en ira envuelto
el cielo y cuanto miran sol y luna;
y por saber si nueva causa alguna
les ha su curso próspero revuelto,
acuden a la mágica dañada,
por ellos sumamente venerada.

Pues dentro de una plácida foresta,
do nunca ofende sol ni daña sombra,
y do la natural y verde alfombra
al rey de los sentidos hace fiesta;
a la verdosa falda de una cuesta
cuya sublimidad al cielo asombra
con sus cantares, bailes y placeres
hicieron oblación a Baco y Ceres.

Allí con duro y áspero tumulto,
con sordo susurrar y son disforme
dispuso aquella cáfila conforme
lo que era menester para el insulto;
de voces se levanta un grueso bulto
al comenzar aquel abuso enorme,
que como tan de atrás origen traiga
con gran dificultad se desarraiga.

Uno martilla el ronco tamborino,
otro por flauta el hueso humano toca,
otro subido en un horcón invoca
a su Pillán, espíritu malino:
no porque el vaporoso alegre vino
se les aparte un punto de la boca,
pues no hay azar tan grande ni desdicha
que no la pasen ellos con la chicha.

Ya hierve la cerveza trasegada,
ya la turbada vista centellea,
ya de liviano el cuerpo tambalea
y cáese la cabeza de pesada,
ya con la bota lengua mal mandada
cualquiera ferocísimo bravea,
haciendo que al rumor la tierra gima
y al que lo ve de fuera cause grima.

De trecho a trecho en corros se congrega
el hombre y la mujer interpolados,
y todos por los dedos enlazados
cabezas, pies, ni bocas no sosiegan;
ya corren, ya se apartan, ya se llegan
atrás, hacia adelante y por los lados
con un compás flemático y terrible,
confuso y ronco son desapacible.

Suelen bailar también de otra manera,
y es que, las manos libres y los brazos,
sacuden unos huecos calabazos
do tiene de sus guijas la ribera.
Y al gusto de esta música grosera
están los más haciéndose pedazos,
sin recibir por ello más tormento
que si éste fuera el órfico instrumento.

Otras mujeres solas en cuadrilla
andan con sus hijuelos dando vueltas,
todas en bacanal furor envueltas
desnudo el medio pecho y la rodilla,
al modo que las yeguas en la trilla
con sus potrancas chúcaras a vueltas
por la colmada parva escaramuzan
y en grano las espigas desmenuzan.

Adórnanse de huinchas y de llautos
con piedras que deslumbran quien las mira,
y con azules vueltas de chaquira
hacen mil continencias y más autos:
ahí es donde a los jóvenes incautos
penetra el dios alado con su vira,
porque si Baco y Ceres andan juntos
es fuerza que ande Venus por sus puntos.

Ahí es do suele armarse la baraja

y do veréis (el pleito mal parado)
que vuelcan por aquel tendido prado
el desfondado cántaro y tinaja;
mas presto aquella cólera se ataja
porque la corta un brindis emprestado,
jamás de tibia gana recibido
y sobre toda ley obedecido.

La vaporosa exhalación es tanta
que denso el aire se presenta,
y cuando más mojada, más sedienta
(como una esponja) queda la garganta;
el áspero alarido se levanta
de la furiosa turba alharaquenta
y el eco, que en los cóncavos retumba,
por la más apartada oreja zumba.

Matan aquí gran suma de animales,
desmiembran, descuartizan, despedazan,
los toscos tajadores embarazan,
y luego los estómagos bestiales;
todos los siete vicios capitales
aquí los libres bárbaros abrazan,
que donde el de la gula se acomoda
acude la demás canalla toda.

Duran en semejantes borracheras
con un tesón y llama desmedida
desde que el rubio sol con su venida
ufana sotos, montes y laderas
hasta que el mar lo acoge en sus riberas
quedándose la tierra oscurecida;
y aún da la vuelta séptima y octava
y aquella boda espléndida no acaba.

En la presente, pues, que ahora cuento
comienzan los fantásticos profetas
a contemplar los signos y planetas
tomando estrecha cuenta al firmamento;
mas visto que con ímpetu violento
están como tirándoles saetas,
exclaman con dolor intenso y duro
profetizando así su mal futuro:

"Ay, tristes de nosotros engañados

con la dichosa, mal segura suerte,
que ya la inexorable y fiera muerte
y la revolución de nuestros hados,
de prósperos, en míseros trocados
quieren ejecutar castigo fuerte;
¡guay, guay, amada patria, Arauco triste,
cuan otro te verás del que te viste!

Clarísimas señales muestra el cielo
de tu fatal y súbita ruina,
Saturno melancólico domina,
su claro resplandor enturbia Delo,
venir parece Júpiter al suelo,
ardiendo Marte en cólera se indina,
el génito de Maya no parece
y Venus con la Cintia se oscurece.

El Escorpión y Cancro están sañudos,
el Tauro como atado al bramadero,
El Capricornio rígido y austero,
llorando allá los Géminis desnudos,
Aries con cuernos ásperos y agudos,
el vedijoso León airado y fiero,
colérico el biforme Sagitario,
vertiendo sangre el cántaro de Acuario.

Vese la estéril Virgen desgreñada,
mostrando faz horrible y enemiga,
y desgranando la bermeja espiga
con su furiosa mano arrebatada;
Libra, con roja sangre barnizada,
nos hinche las balanzas de fatiga
y en su lugar los húmedos pescados
vemos estar comiéndose a bocados.

Pues ved allá las Pléyadas nublosas,
y como esotros van y vienen,
esos oscuros círculos que tienen,
estas constelaciones rigurosas;
sobre Aquilón las nubes procelosas
(amenazando lluvia) se detienen;
armado el Orión mirad aparte,
mirad en conjunción a Luna y Marte.

Volved acá y veréis al bando Ursino
cuán denodado y fiero que nos mira,

y Arturo, que le sigue ardiendo en ira,
sin esperar a Bootes, su vecino;
a un Pólux de su Cástor uterino
parece que enojado se retira,
encréspase el Dragón con sus escamas
y la polar Serpiente escupe llamas.

Poned allí los ojos en el Ara,
hechura de monóculos jayanes,
adonde, para mal de los Titanes,
juró, tendiendo Júpiter su vara;
veréis que el Escorpión en ella encara
haciéndole iracundos ademanes.
y que la tiñe sangre desde arriba
hasta la firme base donde estriba.

Mirad la Canícula con Leo,
y a la Cometa Negra de Saturno.
veréislo todo lóbrego y nocturno,
todo con un aspecto horrible y feo;
todo se viste el más lutoso arreo
y todo pronostica mal diuturno,
Todos —Olimpo, Telus, Juno y Glauco—
han ya rompido treguas con Arauco.

Notado pues el diáfano elemento,
se ve que por sus últimas regiones
va tanto del vapor y exhalaciones,
que bastan para mísero portento.
Cometas van cuajándose sin cuento
con varias y estupendas impresiones,
que todas nos apuntan y amenazan
y para breve tiempo nos emplazan.

Ya no parece pájaro ninguno
cuya sonora voz y alegre vuelo
nos pueda ser motivo de consuelo
(si en tanto mal se sufre haber alguno).
El cuervo y el murciélago importuno,
el búho, la lechuza y el mochuelo
son los que el aire ocupan de graznidos
y de temor y asombro los oídos.

Oíd, pues, cómo ronca el mar hinchado
con la espumosa quiebra de sus ondas;
y allá en las partes ínfimas y hondas

notad aquel hervor apresurado,
el recio golpe de agua quebrantado
en lisas piedras, largas y redondas,
aquella sucesión de la resaca
ahora con más hórrida matraca.

La madre, a quien el piélago fecunda,
se nos pretende alzar con el tributo,
y en cambio de la hoja, flor y fruto,
de zarza, espina y tribulos abunda;
ya no hay lugar por donde el mal no cunda
con libertad y término absoluto,
porque esto es lo que el mal de malo tiene:
venir acompañado cuando viene".

Astrologando estaba en tal manera
aquella casta infiel supersticiosa,
cuando paso corriendo una raposa
por medio de su junta y borrachera:
la cual, como se escape sin que muera,
se tiene por adversa y triste cosa,
mas si le dan los bárbaros alcance
sin miedo se pondrán a todo trance.

Hicieron lo posible por cogella,
pero quedóse atrás quien más volaba,
porque el animalejo no dejaba
(aún por el polvo) estampa de su huella.
Con esto su infeliz y mala estrella
de conocer la ciega gente acaba; .
y cuando vieron ya que se les iba,
tornaron a decir con pena esquiva:

"!Ay, cómo el bien se va con tanta priesa,
como esta resabida y libre zorra,
ay, cómo no hay poder que ya socorra
a donde tal prodigio se atraviesa!
¡Oh cielo injusto, y qué mudanza es ésta
que con el mismo Arauco no se ahorra!
¿Quién ya fiara de ti, si el propio Estado
quieres también que caiga de su estado?"

Así se lamentaban y plañían
aquellos embaidores hechiceros,
y los ocultos males venideros

en voz doliente y pública decían;
mas otros (aunque absortos atendían)
queriéndolo llevar a puros fieros,
responden, sacudido el miedo todo,
con prodiga arrogancia de este modo:

"Por eso y mucho más que el mundo haga,
aunque se desencaje de su asiento
y todo su voluble regimiento
en sólo nuestro daño se deshaga,
no espere que a su gusto satisfaga
ni que ha de ejecutar su crudo intento,
pues al fin hará lo que pudiere
y nuestra voluntad lo que quisiere.

Mas como el invencible patrio suelo
acá en la baja tierra no hallase
potencia que a la suya contrastase,
fue menester viniese la del cielo,
pues venga, venga pues, que no hay recelo
ni punta de temor que nos traspase,
porque es el pecho nuestro un coselete
a prueba (por lo menos) de mosquete.

Fuera de que será mayor la gloria
que nacerá de darle su castigo,
pues tanto más potente el enemigo
tanto de más estima la victoria,
y siéndole su pérdida notoria,
nos hace, a la verdad, obra de amigo,
porque pretende a costa de su vida
dejar la nuestra más esclarecida.

Por tanto no hay razón de entristecernos
habiéndola tan justa de alegrarnos,
pues vemos ocasión para ganarnos
adonde imaginábamos perdernos;
sólo podrá ser causa de dolernos
haber venido él antes a buscarnos,
pues cuanto al cielo hiciéremos de ofensa
dirán que fue en razón de la defensa.

Dirán (si le vencemos en la guerra)
que fue por haber sido el cielo injusto
y estar de nuestra parte el fuero justo
que obliga a defender la propia tierra.

Este es el daño y mal que aquí se encierra,
y lo que de vencer nos quita el gusto
ver que el derecho tenga su pedazo
en lo que sólo hiciere fuerza y brazo".

El bravo Tucapel ardiendo en ira
de rábido furor el seso pierde,
las manos de colérico se muerde
y con ardiente faz a todos mira,
diciendo al nigromántico: "es mentira
eso que (como dices) te remuerde,
pues no hay tan loco cielo que pretenda
venir con araucanos a contienda.

Que mientras Tucapel gozare aliento
y vieren que revuelve la macana
ni en la divina fuerza ni en la humana
podrá caber tan gran atrevimiento;
es todo lo demás hablar a tiento,
es loca vanidad, locura vana,
que no hay estrellas, signos ni embarazos
sino la pura fuerza de los brazos.

Y si hay fortuna y esa favorece
(como soléis decir) al más osado,
¿quién como el indomable y duro estado
ese favor y título merece?
Puro temor helado es quien ofrece
a todo el mundo en contra conjurado;
bien como al que de noche el miedo pasma,
que un gato se lo hace una fantasma."

"Al gran Eponamón" a quien servimos
(los magos le responden) presentamos,
y su verdad auténtica citamos
en prueba de la mucha que decimos;
sabed que de su boca la supimos
y llenos de su espíritu hablamos.
Llamarle será bien, para que de esto
os muestre el desengaño manifiesto."

Todos en ello unánimes vinieron,
y habiéndose llegado el tiempo oscuro
(por ser el verde campo mal seguro)
en un galpón crecido se metieron;
los mágicos en rueda se pusieron

para el atroz y pérfido conjuro,
quedando a las espaldas del bohío
la plebe y mal político gentío.

En medio de la rueda compasada,
después que el suelo a soplos alisaron,
aquellas manos pérfidas hincaron
una ramilla luenga deshojada;
de cuya extrema punta doblugada,
por un sutil estambre le colgaron
un burbujón de lana de la tierra,
que es donde su Pillán se les encierra.

De tal superstición y extraño rito
usa la miserable gente vana;
y a la vedija va de buena gana
el regidor perpetuo del Cocito,
de suerte que, cual pece en el garlito,
le tienen con el átomo de lana
porque le llevarán donde es llamado,
con un hilico de ella maniatado.

Otro mayor abuso temerario
y un género infernal de idolatría
es fama haber entre ellos hoy en día
más especial y menos ordinario;
que ya no es al cuento necesario
pues de él tan poco o nada se confía,
y todo lo que es nuevo aplace oílo,
me pareció de paso referillo.

En hondos y secretos soterraños
tienen capaces cuevas fabricadas
sobre maderos fuertes afirmados
para que estén así nestóreos años:
los cuales, en lugar de ricos paños.
están de abajo arriba entapizadas
con todo el suelo en ámbito de esteras
y de cabezas hórridas de fieras.

En esta gruta lóbrega y tremenda.
do las piramidales del Titano
para poder entrar no tienen mano,
por más que sobre el sótano los tienda;
está sobre unas andas (cosa horrenda)
tendido un ya difunto cuerpo humano,

sin cosa de intestinos en el vientre
para que su Pillán más fácil entre.

El nombre es Ibunché del insepulto,
y cuando el dueño de él y de la cueva
quiere saber alguna cosa nueva
de mucha calidad y fin oculto,
con gran veneración, respeto y culto
(que en esto el indio rudo nos la lleva)
entra por senda angosta y desmedida
para que no le sepan la guarida.

Y allí por el idólatra invocado
el abismal diabólico trasunto
se mete en el cadáver del difunto
por do responde, siendo preguntado,
así de los negocios del Estado
si sube o si declina de su punto,
como de los influjos celestiales,
de buenos y de malos temporales.

Es éste su Ibunché tenido entre ellos
por una cosa allá como sagrada,
con suma religión administrada
y la que por su Dios adoran ellos.
Helo sabido yo de muchos de ellos,
por ser en su país, mi patria amada,
y conocer sus frases, lengua y modo;
que para darme crédito, es el todo.

Hay otra detestable circunstancia,
que muda bien la especie del pecado.
y es que si lo por ellos preguntado
es cosa de muchísima importancia,
metidos en aquella oscura estancia
degüellan al hijo más amado
o la especiosa niña en sacrificio
para tener al ídolo propicio.

En esto guardan todos tal secreto,
que por ningún camino, maña o suerte,
aunque les amenacen con la muerte,
descubre el gentílico defecto:
y cáusalo el temor, la fe y respeto
que tienen con aquel armado fuerte
el cual (por no soltarlos de sus grillos)

los hace así negar a piejuntillos.

Algunos suelen confesar de plano
haber el Ibunché, que les responde,
pero si les pedís el sitio dónde,
se escudan remitiéndolo a Fulano,
y así del uno al otro iréis en vano,
que cada cual firmísimo lo esconde
y en ocultarlo está la desventura,
pues el oculto mal no tiene cura.

¡O ciega confusión del barbarismo,
oh gente muchas veces desdichada,
y más que muchas, bienaventurada
la que recibe el agua del bautismo!
¿mas dónde voy con esto, que me abismo?
Y prometí decirlo de pasada;
volvamos, pues, no diga quien me espera
que me reparo mucho en la carrera.

Colgado pues el copo de la vara
con un susurro bajo y escabroso,
como de negro tábano enfadoso
cuando revuela en torno de la cara,
apresta la infelice gente avara
su pérfido conjuro tenebroso,
haciendo que tomase en el la mano
quien de la facultad era decano.

Tómala de derecho Pillalonco,
un viejo descarnado formidable,
de cuerpo retorcido como un cable,
ramificado más que el pie de un tronco;
y del sumido y magro pecho ronco
sacó esta voz horrenda y execrable
"a vos invoco, Báratro profundo.
oscuro centro y cóncavo del mundo.

A vos conjuro, bóveda tiznada,
humoso Flegotón, estigio lago,
do bebe para siempre acedo trago
la miserable gente condenada;
a vos, sulfúrea tratara morada
do hacen de las ánimas estrago,
a vos, oh Babilonia de tormento
comprado por ilícito contento.

A vos, flamíneo príncipe del centro,
a ti llamamos, Hécate, su esposa,
a ti mordida Eurídice llorosa,
y los que estáis la casa más adentro;
a vos con quien la Juno tuvo encuentro
en forma de nublado mentirosa;
a vos avaro Tántalo, a vos Ticio,
en vuestro justo y áspero suplicio.

Alecto a vos, Tesífone y Megera,
de ponzoñosas víboras crinadas,
a vos, sangrientas Górgones dañadas,
a ti, Cerbero, can trifauce fiera,
a ti que en la aquerónica ribera
pasando estás las almas a barcadas.
a ti, Demogorgón, a ti conjuro
con todo el resto pálido y oscuro.

Por lo que aborrecéis el claro día,
por el rencor malévolo con Febo,
por las tinieblas densas del Herebo,
por lo que en vos mi espíritu confía,
por los que allá tenéis de mano mía
y por los que procuro enviar de nuevo
para que por hebdómadas eternas
habiten vuestras lóbregas cavernas.

Por la caliente sangre que vertemos,
con que el surcado rostro rociamos,
y por la que a vosotros consagramos
después que así espumosa la bebemos,
y por la humana carne que comemos,
humildes todos juntos suplicamos
que en este copo cándido se envuelva
quien, de lo que dudamos, nos absuelva".

Con esto enmudeció de tal manera
y enmudecieron todos los presentes,
que de los mismos bárbaros oyentes,
el que escuchara más o menos oyera;
así estuvieron casi una hora entera,
más pareciendo mármoles que gentes,
tendidas las orejas como el gamo
en viendo que se mueve el débil ramo.

Pendiente del oráculo de lana
y alerta por si el ídolo venía,
ni párpado ni ceja se movía
de la congregación perdida y vana;
mas viendo ya propincua la mañana
y que el Eponamón se detenía,
así de nuevo el mágico le invoca
echando espumarajos por la boca:

"¿Qué es esto, como ahora te detienes?
Espíritu infernal, ¿por qué te tardas?
¿No acabas de venir? ¿A cuándo aguardas?
Sabiendo que te llamo yo, ¿no vienes?
Hola, que se me quiebran ya las sienas
y el término debido no me guardas;
no quieras que de hoy más a tu estalaje
ninguna de las ánimas te baje.

No heriré tu sótano con lumbre
ni las apolinales áureas hebras
ofenderán tus sapos y culebras,
ni esotra serpentina muchedumbre;
mayor te pienso dar la pesadumbre,
aunque ésta por tan grande la celebras,
mas otra es la que más te muerde y come
y tus dañados hígados carcome.

Haré que ya los cuellos no se aprieten
con el desesperado nudo y sogas
que el cuerpo y no las ánimas ahoga,
más que por otro medio se quieten;
haré que tus discípulos respeten
a la sacerdotal y sacra toga,
tomando sus consejos y doctrinas
que es para ti la más pungente espina."

En dando fin al fiero necesario
oyeron un terrible terremoto,
que revocó en el cielo más remoto
con un rumor y estruendo temerario;
en rápido turbión tras ordinario
se revolvieron Euro, Cierzo y Noto,
y en remolino el Abrego violento
arrebataba el rancho de su asiento.

Un proceloso y negro torbellino
distinto de la noche, en su espesura,
y envuelto más que en agua en piedra dura
dejó turbado el cielo cristalino:
con esta majestad y pompa vino
el rey que siempre está en región oscura,
tomando la vedija por su trono;
de donde así les habla en bajo tono:

"Más presto vengo yo do soy llamado
si mi venida causa algún consuelo,
y si detuve ahora el sordo vuelo
ha sido por no dar un mal recado,
pues ya que está dispuesto por el hado
que os venga tanto mal y desconsuelo,
quisiera (por lo mucho que me toca)
que nunca se supiera de mi boca.

Sabed que las vítreas ondas abre
con espolón herrado y raudo remo
uno de quien con justa causa temo
que mi cabeza dura descalabre:
éste será el que a fuegos puertos labre
y quien os mudará de extremo a extremo,
en vuestra reducción haciendo tanto,
que espante al mismo reino del espanto.

Sabed que el hijo y nieto de Virreyes,
uno de Lima y otro de Navarra,
renuevo de la vid y fértil parra
que tiene su majuelo en altos reyes;
sobre poner los vínculos y leyes,
arrojará con tal vigor la barra,
que no sé, amigos, yo (según lo miro)
que brazo le podrá llegar al tiro.

Mas, ay, que ya pacífico el Estado
ha de saber trataros de manera
que lo que fuere entonces y lo que era
serán como lo vivo y lo pintado:
lo que por fuerza fue será de grado,
lo que de pedernal, de blanda cera,
y al que os hubiere dado mil enojos
le lloraréis después con ambos ojos.

Yo soy, ¡ay duro mal, ay grande afrenta!,

en quien está la pérdida notoria,
porque a la fin vosotros, su victoria
por propia la pondréis a vuestra cuenta;
mas yo, que su virtud se me presenta
y siento aparejarsele la gloria
(de sus intensos méritos, el pago),
con entrañable rabia me deshago".

No dijo mas, y a vista de la gente
con un terrible trueno y estallido
arranca en humo negro convenido
dejando allí una bomba pestilente:
habló verdad, en todo llanamente,
supuesto que es mentira su apellido,
porque es verdad tan clara y tan expresa
que la mentira propia la confiesa.

Un súbito pavor y helado asombro
los pensamientos bárbaros ataja,
el más altivo de ánimo le abaja
y el más enhiesto encoge más el hombro;
aun yo de estar contándolo me asombro
y la caliente sangre se me cuaja;
por donde puede verse qué haría
quien (fuera de los mágicos) lo vía.

Ya que pasó el hedor abominable
y que tranquilo todo y en sosiego
la desterrada sangre volvió luego
a su canal purpúrea deleznable,
saltó furioso Rengo el implacable
diciendo en voz soberbia "derreniego
del rudo parecer y seso vano
que en esto diere crédito a Pillano.

Por sólo apoderarse de nosotros,
temiendo por ventura mi potencia,
ha dicho esta mentira y apariencia
y derramado miedo entre vosotros;
¡oh falso Eponamón, allá con otros
que tengas de sus artes menos ciencia;
no pienses con tus frívolas razones
oscurecer tan bravos corazones!

Si crédito algún tiempo se te diere,
cuando con tu venida nos ofendas,

tan sólo habrá de ser y así lo entiendas,
en todo lo bien nos estuviere;
en lo demás te siga quien quisiere
haciendo mucho caso de tus prendas,
que a mi la maza y brazo me asegura
de toda mala suerte y desventura."

No estaba Tucapel en esto ocioso,
que como el vino y cólera hervía;
llamaba cuerpo a cuerpo a don García,
del ínclito enemigo codicioso;
andaba más que todos orgulloso
diciendo, por la gente que venía,
"granicen hombres, ande el juego grueso,
que toda mi ganancia estaba en eso".

Así desfleman unos, y otros gritan,
otros (mientras blasonan estos), callan,
y allí mayor peligro y daño hallan
adonde más los bárbaros se irritan:
unos aplacan, otros solicitan;
ya rompen, ya deshacen, ya desmayan,
ya con las voces dísónas se hunden,
se atruenan, se ensordecen, se confunden.

Hasta que del crepúsculo y aurora
los fértiles alcores luminados
mostraban los briales ocupados
con las vistosas dádivas de Flora;
que todos, como gente malhechora,
cual suelen los ladrones recatados,
huyendo de la luz, se dividieron,
con que la gruesa junta deshicieron.

Esto, señor, sucede allá en la guerra,
y en tanto, acá en la paz, los españoles
ven ya bordado el cielo de arreboles,
de yerbas, flores y árboles, la tierra;
el claro sol doblada luz encierra,
alumbran las estrellas como soles,
el mar se muestra plácido y sereno
y el aire de parleras aves lleno.

Parecen mil prenuncios de alegría,
mil bienes venideros se conciben,
los desmayados ánimos reciben

metiéndose en calor la sangre fría;
saltando están los pechos a porfía
del interior contento que reciben,
y el más helado y lánguido se siente
con un fogoso y bélico accidente.

En todos los estómagos se incluye
una crecida hambre de pelea,
el corazón más tímido desea
hallarse en la ocasión, que se le huye;
la favorable causa que esto influye
sin duda que es el aire y la marea
de las hinchadas velas, que asomando
al puerto de Coquimbo van entrando.

Adonde y a las áncoras echadas,
los nuestros, deshaciéndose en contento,
entregan las chalupas al momento
en manos de las ondas sosegadas;
y de floridos jóvenes cargadas
van todas a parar do yo me asiento,
porque para tirar de un tiro tanto,
es chico mi vigor y grande el canto.

DEL CANTO III

Cuánto se requiere, cuánto importa
haber moderación y medio en todo;
pues lo que va sin límite ni modo,
¿qué limitada fuerza lo soporta?
Ni es bueno que la capa quede corta,
ni que de larga frise con el lodo,
virtud está en el medio como en quicio,
y siempre en los extremos anda el vicio.

Jamás, si duermen tres en una cama,
sucede que al de en medio falte ropa,
ni al que por medio afierra de la copa
el líquido licor se le derrame;
menos se mareará la tierna dama
en medio de la nao que en proa ni en popa
mejor irá el discípulo de Marte
donde es el batallón que en otra parte.

Entre las zonas tórridas y helada,
que el mirador cosmógrafo divide,
aquella que el lugar de en medio pide
es la más habitable y más templada;
de la celeste máquina girada,
el medio es donde Júpiter preside,
y el que por Dafne rápido corría
más franco da la luz al medio día.

En sólo amar a Dios ha de afirmarse
que ni es ni puede ser el medio bueno,
en esto sólo al tépido condeno
y en esto será lícito extremarse;
en todo lo demás el moderarse
y aquel saber usar de espuela y freno
el que descanso quiere, procure;
pues bien soléis decir, paso que dure.

El siervo no ha de ser tan mal tratado
que siempre sus espaldas mida un leño,
pues suele revolver contra su dueño
el animal doméstico, apurado;
quien ha la noche entera trasnochado
está después cayéndose de sueño.
Al fin conviene en todo tanto el orden,
que la bondad es mala con desorden.

Esto conoce bien el joven sabio,
pues visto el desigual que en Chile había
sobre tratar al indio que servía,
le satisface luego de este agravio;
y dado que era viejo el mal resabio
que a cerca de esto el Héspero tenía,
sola su blanda mano, medio y modo
basto, para quitársele del todo.

El fue moderador de tanto exceso,
de tanta libertad y exorbitancia,
y el que redujo a temple y consonancia
lo que sonaba mal acerca de eso:
aligeró a los pobres de su peso,
solicitando en todo su ganancia
por el mejor camino y fácil vía;
que luego toparéis en ésta mía.

Llegado a la coquímica ribera

adonde los esquifes encallaron,
las proras en un punto se poblaron
de la gallarda gente, placentera;
mas luego que la vieron saltar fuera,
desiertos y a la mira se quedaron,
doliéndose de ver que ya la playa
con tanto bien alzado se les haya.

Pues ya del mar los nuestros olvidados
y llenos de placer y gloria llena,
sellaron con sus plantas el arena,
tendiendo allí los miembros mareados;
quién mira las llamadas y collados,
quién con el dedo apunta La Serena,
y quién alaba el sitio, quién el puerto
al soplo de los aires encubierto.

Estando así la gente bulliciosa
oyó tropel confuso de caballos,
que vienen ya batiendo con los callos
la relucida plaza mariscosa:
porque es sobremanera cuidadosa
la próxima ciudad en despachallos,
viniendo sus vecinos juntamente
a recibir al claro adolescente.

Pero debajo de esta adolescencia
aun al que más la vista se le cubre,
como por velo diáfano descubre
un vaso y madurez por excelencia;
mostrábalo su rostro y apariencia
que pocas o ninguna vez lo encubre,
pues más abiertamente que en la palma
se suele por el cuerpo ver el alma.

Recíbelos a todos gratamente
con término cortés y grave acento
y con templadas muestras de contento:
que todo no se junta fácilmente;
de donde acompañándole la gente
tomó el camino breve del asiento
que por la tiesa y húmeda marina
dos leguas, apacible, se camina.

Entrado en la ciudad de La Serena
el escogido tercio y nueva copia,

conoce cada cual por casa propia
(según se ve tratar) la que es ajena:
es tan cumplida gente, honrosa y buena,
que tiene por afrenta y cosa impropia
no ser en su hospedaje el hospedado
todo lo de potencia regalado.

Allí estuvieron todos dando cuerda
a la penosa y dura del quebranto,
que la sirena dulce con su canto
hace que todo el mal se olvide y pierda;
en tanto a nuestro joven se le acuerda,
movido por un celo justo y santo,
de aprovechar el tiempo en lo siguiente,
para que no se le gaste vanamente.

Queriendo pues saber qué modo había
sobre pagar el indio sus tributes
y si conforme a sacros estatutos
el amor, acerca de esto, procedía;
echó de ver su mucha demasía
y cómo andaban todos absolutos
sin regia, sin medida, ley ni fuero.
con el ansioso hipo del dinero.

.....

Que como tanto tiempo estuvo presa
su furia procelosa y repentina,
cuando la vieron presa en la marina
molieron todos juntos de represa:
pues danse en el rodezno tanta priesa,
que el mar ya vuelto en cándida harina,
sin que esparcirse pueda por el suelo,
a cada vuelta salta para el cielo.

El claro sol se fue, y la noche oscura
batiendo al mar sus negras alas vino
con un desaforado torbellino
armado de granizo y piedra dura.
La grita, el alboroto, la presura,
la turbación, el pasmo, el desatino
la amarillez del rostro ya difunto,
se apoderó de todos en un punto.

Ya la menuda arena hierve abajo

y arriba las soberbias ondas braman,
ya sobre lo más alto se encaraman,
ya vuelven desgalgándose a lo bajo.
Parece que se arranca el mar de cuajo
y que sus aguas frías se inflaman,
marchando en escuadrón de ciento en ciento
a dar asalto al cálido elemento.

Por medio de él frenéticas pretenden
a todo su pesar abrir carrera
para mezclarse allá en la nona esfera
con las parientes aguas, que allí penden,
porque del fabricado mundo entienden
que quiere ya volver —¡ay, tal no quiera!—,
sin que le quede ripio sobre ripio
a la cantera tosca del principio.

Que como para bien de los humanos
no sufre Dios al mar —por más que brome—
que por ancho suelo se derrame,
quiere tomar el cielo con las manos.
Y sobre sus asientos soberanos
pide que el bajo suyo se encarama
porque si no, según su vientre hincha,
reventará por medio con la cincha.

Toda la culpa tiene el viento solo
en darle avilantez, orgullo y alas,
para que osado suba sus escalas
a remojar allá la crin de Apolo:
gime tronando el uno y otro polo,
y las espesas nubes, antes ralas,
se vienen ya cerrando de manera
que al cielo calan toda la visera.

En una oscuridad tempestuosa
y en una tempestad oscura y fría
se ve la atribulada compañía
ya de su fin más cierta que dudosa;
ninguno por intrépido reposa,
que el mayor esfuerzo y osadía,
como se ve en tan áspera tormenta,
alista (para darla a Dios) su cuenta.

El duro y trabajado marinero,
que nunca sosegó sin sobresalto,

visto del temporal el fiero asalto
salta de entre sus cables el primero;
ya trepa por el cáñamo ligero,
ya súbito aparece en lo más alto,
ya muestra por un cabo sólo asido,
el cuerpo sobre el agua suspendido.

Envuélvese ya el aire oscuro y vano
en voces del amaina, tras el iza,
y el chafaldete, braza, troza y triza
se cubren de curtido puño y mano.
Ya con la espada en ella el Euro insano
hace con los demás estrago y riza,
jugando y esgrimiéndola de suerte
que cada golpe suple el de la muerte.

A orza, claman unos, vira vira,
amura que se ve la arena gorda;
otros arriba, amaina, ten, zaborde:
que está el furioso mar envuelto en ira;
el uno sin color al otro mira,
la gente a puras voces esta sorda,
atónita, confusa, derramada,
la más temblando en pie y arrodillada.

Las yertas rocas miran por un lado
con duro ceño y áspero semblante
por otro al mar soberbio y arrogante,
revuelto, removido y elevado;
arriba de rigor al cielo armado,
abajo los abismos por delante;
mirad la triste nave que está en medio,
en que tendrá esperanza de remedio.

.....

Parece desgarrarse el alto cielo,
abrirse entre las olas el profundo,
y la compuesta máquina del mundo
deshecha derramarse por el suelo;
sale, con el oscuro y negro veto,
la blanca espumazón del mar fecundo,
que, echando más centellas que una fragua,
en el Empíreo mete fuentes de agua.

CANTO V

Estaba a la sazón Caupolicano
en un lugar ameno de Elicura,
Do, por gozar del sol en su frescura,
se vino con su Palla mano a mano;
merece tal visita el verde llano,
por ser de tanta gracia y hermosura,
que allí las flores tienen por floreo
colmalle las medidas del deseo.

Allí jamás entró el setiembre frío,
nunca el templado abril estuvo fuera,
allí no falta verde primavera,
ni asoma crudo invierno y seco estío:
allí, por el sereno y manso río,
como por transparente vidriera,
las Náyades están a su contento
mirando cuanto pasa en el asiento.

Tal vez del rojo sol se están burlando
que por colar allá su luz febea,
con los tejidos árboles pelea,
que al agua están, mirándose, mirando,
tal vez de ver que el viento respirando
a los hojosos ramos lisonjea,
tal vez de que los dulces ruiseñores
cantando les descubran sus amores.

Entre una y otra sierra levantada,
que van a dar al cielo con las frentes
y al suelo con sus fértiles vertientes,
la deleitosa vera esta fundada:
¡Oh, quién tuviera pluma tan cortada
y versos tan medidos y corrientes,
que hicieran el vestido deste valle
cortado a la medida de su talle!

En todo tiempo el rico y fértil prado
está de yerba y flores guarnecido,
las cuales muestran siempre su vestido
de trémulos aljófares bordado;
aquí veréis la rosa de encarnado,
allí el clavel de púrpura tenido,
los turquesados lirios, las violas,

jazmines, azucenas, amapolas.

Acá y allá con soplo fresco y blando
los dos Favonio y Céfiro las vuelven,
y ellas en pago desto los envuelven
del suave olor que están de sí lanzando;
entre ellas las abejas susurrando,
que el dulce pasto en rubia miel resuelven,
ya de jacinto, ya de Croco y Clicie
se llevan el cogollo y superficie.

Revuélvase el arroyo sinuoso
hecho de puro vidrio una cadena,
por la floresta plácida y amena
bajando desde el monte pedregoso,
y con murmurio grato, sonoro
despacha al hondo mar la rica vena,
cruzándola y haciendo en varios modos
descansos, paradillas y recodos.

Vense por ambas márgenes poblados
el mirto, el salce, el álamo, el aliso,
el saúco, el fresno, el nardo, el cipariso,
los pinos y los cedros encumbrados
con otros frescos árboles copados
traspuestos del primero Paraíso,
por cuya hoja el viento en puntos graves
el bajo lleva al tiple de las aves.

También se ve la yedra enamorada
que con su verde brazo retorcido
ciñe lasciva el tronco mal pulido
de la derecha haya levantada,
y en conyugal amor se ve abrazada
la vid alegre al olmo envejecido,
por quien sus tiernos pámpanos prohíja,
con que lo enlaza, encrespa y ensortija.

En corros andan juntas y escondidas
las Driadas, Oréades , Napeas
y otras ignotas mil ilustres deas
de sátiros y faunos perseguidas:
en álamos Lampecies convenidas,
y en verdes lauros Vírgenes Peneas
que son (por conocerse tan hermosas)
selváticas esquivas, desdeñosas.

Por los frondosos, débiles ramillos,
que con el blando Céfito bracean
en acordada música gorjean
mil coros de esmaltados pajarillos,
cuyos acentos dobles y sencillos
sus puntos y sus cláusulas recrean
de tal manera al ánimo, que atiende
que se arrebatada, eleva y se suspende.

Entre la verde juncia en la ribera
veréis al blanco cisne paseando,
y alguna vez en dulce voz mostrando
haberse ya llegado a la postrera;
sublimes por el agua el cuerpo fuera
veréis a los patillos ir nadando,
y cuando se esconden y escabullen
¡qué lejos los veréis de do zabullen!

Pues por el bosque espeso y enredado,
ya sale el jabali cerdoso y fiero,
ya pasa el gamo tímido y ligero,
ya corren la corcilla y el venado,
ya se traviesa el tigre variado,
ya penden sobre algún despeñadero
las saltadoras cabras montecinas
con otras agradables salvajinas.

La fuente, que con saltos mal medidos,
por la frisada, tosca y dura pena
en fugitivo golpe se despeña,
llevándose de paso los oídos;
en medio de los árboles floridos
y crespos de la hojosa y verde greña
enfrena el curso oblicuo y espumoso,
haciéndose un estanque deleitoso.

Por su cristal bruñido y transparente,
las guijas y pizarras del arena,
sin recibir la vista mucha pena,
se pueden numerar distintamente:
los árboles se ven tan claramente
en la materia líquida y serena,
que no sabréis cuál es la rama viva,
si la que está debajo o la de arriba.

Titán al tramontarse lo saluda
tornando sus arenas de oro fino,
y para descansar de su camino
no tiene otro lugar adonde acuda:
la verde yerba nace tan menuda
orillas del estero cristalino,
y toda tan igual por donde quiera
como si la cortaran con tijera.

Aquí ninguna especie de ganado
fue digna de estampar su ruda huella,
ni se podrá alabar de que con ella
dejase su esplendor contaminado;
tan solamente el niño dios alado
en esta parte vive y goza della
y esparce tiernamente por las flores
alegres y dulcísimos amores.

Aquí Caupolicano caluroso
con Fresia, como dije, sesteaba,
y sus pasados lances le acordaba
por tierno estilo y término amoroso;
no estaba de la guerra cuidadoso,
ni cosa por su cargo se le daba,
porque do está el amor apoderado
apenas puede entrar otro cuidado.

Por una parte el sitio le provoca,
la ociosidad, por otra le convida
para comunicar a su querida
palabra, mano, pecho, rostro y boca,
y al regalado son que amor le toca,
le canta, dulce gloria, dulce vida,
¿quién goza como yo de bien tan alto
sin pena, sin temor, ni sobresalto?

¿Hay gloria o puede habella que se iguale
con ésta que resulta de tu vista?
¿Hay pecho tan de nieve que resista
al fuego y resplandor que della sale?
¡Qué vale cetro y mando ni qué vale
del universo mundo la conquista,
respeto de lo que es haberla hecho
al muro inexpugnable de tu pecho!

Dichosos los peligros desiguales

en que por ti me puse, amores míos,
dichosos tus desdenes y desvíos,
dichosos todos estos y otros males:
pues ya se han reducido a bienes tales
que entre estos altos álamos sombríos
tu libre cuello rindas a mis brazos
y a tan estrechos vínculos y abrazos.

¡Ay, Fresia le responde, dueño amado,
y cómo no es de amor perfecto y puro
hallarse en el contento tan seguro
sin pena, sin temor y sin cuidado!
Pues nunca tras el dulce y tierno estado
se deja de seguir el agro y duro,
ni viene el bien, si vez alguna vino,
sin que le ataje el mal en el camino.

De mí te se decir mi caro esposo
(no sé si es condición de las mujeres)
que en medio destes gustos y placeres
se siente acá mi pecho sospechoso,
mas siempre del amor huye el reposo
o al menos está preso de alfileres,
que en la labor de un pecho enamorado
siempre es el sobrestante su cuidado.

Caupolicán replica: ¿quién es parte,
por más que se nos muestre el hado esquivo,
para que desta gloria que recibo
y de este bien tan próspero me aparte?
No hay para qué, señora, recelarte
que en esto habrá mudanza mientras vivo,
y pues que estoy seguro yo de muerte
estarlo puedes tú de mala suerte.

Sacude pues del pecho estos temores
que sin razón agora te saltean,
y no te dé ninguno de que sean
menos de lo que son nuestros amores;
con esto se levantan de las flores
y alegres por el prado se pasean,
aunque ella no del todo enajenado
su cuidadoso pecho de cuidado.

Descienden al estanque juntamente,
que los está llamando su frescura

y Apolo, que también los apresura,
por se mostrar entonces más ardiente;
el hijo de Leocán gallardamente
descubre la corpórea compostura,
espalda y pechos anchos, muslo grueso,
proporcionada carne y fuerte hueso.

Desnudo, al agua súbito se arroja,
la cual con alboroto encanecido
al recibirle forma aquel ruido
que el árbol, sacudiéndole la hoja,
el cuerpo en un instante se remoja,
y esgrime el brazo y músculo fornido,
supliendo con el arte y su destreza
el peso que le dio naturaleza.

Su regalada Fresia, que lo atiende
y sola no se puede sufrir tanto,
con ademán airoso lanza el manto
y la delgada túnica desprende;
las mismas aguas frías enciende,
al ofuscado bosque pone espanto,
y Febo de propósito se para
para gozar mejor su vista rara.

Abrásase, mirándola, dudoso
si fuese Dafne en Lauro convertida,
de nuevo al ser humano renacida,
según se siente della codicioso:
descúbrese un alegre objeto hermoso
bastante causador de muerte y vida,
que el monte y valle viéndolo se ufana
creyendo que despunta la mañana.

Es el cabello liso y ondeado,
su frente, cuello y mano son de nieve,
su boca de rubí, graciosa y breve,
la vista garza, el pecho relevado,
de torno el brazo, el vientre jaspeado,
coluna a quien el Paro parias debe,
su tierno y albo pie por la verdura
al blanco cisne vence en la blancura.

Al agua sin parar saltó ligera,
huyendo de miralla, con aviso
de no morir la muerte que Narciso

si dentro la figura propia viera:
mostrósele la fuente placentera,
poniéndose en el temple que ella quiso;
y aún dicen que de gozo, al recibilla,
se adelantó del término y orilla.

Va zbullendo, el cuerpo sumergido,
que muestra por debajo el agua pura,
del cándido alabastro la blancura,
si tiene sobre sí cristal bruñido;
hasta que da en los pies de su querido
adonde con el agua a la cintura
se enhiesta, sacudiéndose el cabello,
y echándole los brazos por el cuello.

Los pechos antes bellos que velludos,
ya que se les prohíbe el penetrarse,
procuran lo que pueden estrecharse
con reciprocación de ciegos nudos;
no están allá los Géminis desnudos
con tan fogosas ansias de juntarse,
ni Sámacis con Troco el zahareño,
a quien, por verse dueña, amó por dueño.

Alguna vez el ñudo se desata
y ella se finge esquiva y se escabulle;
mas el galán, siguiéndola, zambulle
y por el pie nevado la arrebató;
el agua salta arriba vuelta en plata
y abajo la menuda arena bulle;
la tórtola envidiosa que los mira
más triste por su pájaro sospira.

DEL CANTO VI

En tanto que lo dicho acá pasaba,
la gente de las naves en oyendo
aquel tumulto bárbaro y estruendo
que bajo de las ondas rimbombaba,
reconoció el asalto que se daba
a su Gobernador, y pretendiendo
llevarle algún socorro en tanta guerra,
cuan presto le es posible sale a tierra.

Cuál viene con el remo y cual no aguarda
sino a partir la entena del trinquete,
cuál con timón y cuál con guimbalete,
cuál con gurguz y cuál con alabarda;
quién viste la tomada cota parda,
quién la coraza y quién el coselete,
poniéndose, aunque pocos, por la arena
en escuadrón formado y orden buena.

Apenas cada cual como podía
a la marina hubieron arribado,
cuando una manga de indios por un lado
los acomete en alta gritería;
cuyo caudillo indómito venía
a todos los demás adelantado
con muestra desdeñosa y confiada
de atropellar el mundo por la espada.

Este era Fenistón, mozo valiente,
criado en la marcial y dura escuela,
muerto por verse dentro de la tela
con otro no de menos yerta frente;
mas viérase con él difícilmente
si al peligroso encuentro Valenzuela,
señor de la destreza y de un navío,
no le saliera igual en gana y brío.

Trabóse entre él y el bárbaro membrudo
una mortal durísima batalla,
mas ni me dan espacio de contalla,
ni cuento cada cosa por menudo;
sólo diré que el nuestro tanto pudo,
que a vista del ejército y muralla
dio con el indio muerto en la arena,
y luego a los demás la mano llena.

Los rudos marineros, como gente
al ímprobo trabajo acostumbrada,
con pecho argamasado y frente osada
se contrapone a todo aquel torrente;
aunque el soberbio bárbaro impaciente,
que estima por vencer la vida en nada,
les da por junto al agua tal encuentro,
que alguna vez los lleva y mete dentro.

Adonde con las ondas a los pechos,

que no hay en tal sazón tener los fríos,
sino de furias, cóleras y bríos
calientes, inflamados y deshechos;
a tanto punto suben sus despechos,
que aspiran a tomarse los navíos
para con ellos irse viento en popa
a conquistar los fines de la Europa.

Con este fin los viérades que andaban
cuál con macana, cuál con flecha y arco,
muriendo por poder ganar un barco,
que algunos de los nuestros ocupaban;
pero con tal esfuerzo lo guardaban,
(aunque de sangre estaba dentro un charco)
que el que a llegar a bordo se atrevía,
si no la mano, el ánima perdía.

De esta manera a vista de su muro
se saben defender los de la arena,
teniéndola de cuerpos casi llena,
y aún de ánimas también el reino oscuro;
aunque por esto nadie está seguro,
ni tinto solamente en sangre ajena,
a causa de tener en harta copia
para poder teñirse de la propia.

También arriba estaba la refriega,
ya que según el bando rudo y fiero
no en el tesón y término primero,
al menos bien furiosa, brava y ciega;
Talgún y Tucapelo no sosiega
de dar en qué entender al muro entero,
ni Rengo, Lepomande, Angol y Guado
dejan de proseguir lo comenzado.

Aunque Pineda, Barrios y Lasarte,
Villegas y Juan Álvarez de Luna
con estos seis encuentran su fortuna,
probando lo que en ellos tiene Marte;
y don Felipe viendo desde aparte
la mano tan infiel como importuna
de Tucapel, que tanto codiciaba,
cerró con él, furioso como andaba.

Mas como del haber con tanta gente
y tantas horas tanto combatido

se viese desangrado y mal herido,
andaba más rabioso que valiente;
y aunque él de puro enojo no lo siente,
el áspero contrario lo ha sentido,
por donde más los golpes apresura,
y (si decirse es lícito) le apura.

Velo Talguén su amigo, y aunque estaba
con veinte y dos heridas penetrado,
del aguijón de amor estimulado,
se parte adonde nadie le esperaba,
llegando a coyuntura, que tiraba
el español al indio un golpe airado,
con que a despecho suyo le hiciera
que por mortal, muriendo, se tuviera.

Mas al ejecutarlo se atraviesa
Talgueno, rebatiendo la estocada,
y dándole tal golpe en la celada,
que como el viento al ramo le remesa,
hizo el cristiano más de una represa,
que fue por verse en trance tranceada,
mas luego la enmendó con otro doble,
tirando al fiero bárbaro un mandoble.

Erróle, mas volvió con una punta,
que del siniestro lado apoderada,
falsando el peto duro entró la espada,
hasta que al espaldar salió la punta:
el indio, que su muerte ya barrunta,
propone de dejarla bien vengada;
mas pónesele amor en este instante
con su Quidora bella por delante,

Cuya memoria tierna tanto pudo
para moverle el pecho endurecido,
que puesto su propósito en olvido,
y el parecer primero enorme y rudo;
antes que se rompiera el vital nudo,
y viendo su escuadrón casi rompido,
tuvo por bien dejar el duro asalto
saliéndose del muro en presto salto.

Y cuando el ferocísimo semblante
volvió nuestro español de furia lleno,
ni a Tucapel halló ni vio a Talgueno,

pero paso por otros adelante;
el general, que al ímpetu arrogante
del bárbaro pretende poner freno
y despegarle ya de la estocada,
muestra de si milagros por la espada.

No hace por do pasa tal estrago
el caudaloso, bravo y lleno río
que fuera de su madre y vado frío
al fresco valle envuelve en turbio lago,
y a la dehesa, ejido, soto y pago
despoja de su adorno y atavío,
volcando piedras, troncos y maderos,
y alguna vez los árboles enteros.

Sonaban ya por donde discurría
rabiosas bascas, voces y gemidos
que con mortales ansias despedidos
formaban dura y áspera armonía;
mas veis en tal sazón por do venía,
ensordeciendo a golpes los oídos,
y haciéndose temer de cabo a cabo
el hijo de Leocán furioso y bravo.

Habíase estado el bárbaro acá afuera
sus fuertes escuadrones gobernando,
y como de propósito aguardando
a cuando más su gente no pudiera,
para que a su valor sólo se diera
la gloria que se estaba asegurando,
así como le viesen dentro el muro
y levantar allí su brazo duro.

Del hombro solamente a la cintura
de un grueso coselete viene armado,
y lo demás del cuerpo desarmado,
que su reputación se lo asegura;
no admite en las espaldas armadura,
porque jamás su pecho levantado
admite pensamiento de volvellas,
aunque la vida esté librada en ellas.

Lleva de roble indómito cortada
una robusta maza mal pulida,
desastillada en partes y rompida,
y aún de española sangre salpicada;

de limpio acero puesta una celada,
con cintas de oro y plata guarnecida,
y al ídolo Pillano por cimera,
en forma de serpiente horrible y fiera.

De esta manera va Caupolicano,
de polvo y de sudor el rostro lleno
y de furor colmado el ancho seno,
que a más andar desagua por la mano;
contados son los golpes que da en vano,
sin cuenta los que da de lleno en lleno,
hasta ponerse dentro de la plaza,
rompiendo el muro a fuerza de su maza.

En esto el vigilante don Hurtado,
habiendo visto el daño que en su gente
hace el bravoso bárbaro valiente,
en hechos y devisa señalado,
de aquel fogoso espíritu llevado
que semejante agravio no consiente,
se va para el deshecho todo en ira,
poniendo el viso en él y en Dios la mira.

Llegóse, y embebiendo el brazo esquivo,
antes que el indio alzase la ferrada,
encaminó la punta de la espada
al obstinado pecho vengativo;
y sin valerle el peto defensivo,
aunque de piel durísima y probada,
entró por el más fácil que si fuera
de tierno cordobán o blanda cera.

Abrió la fiera punta el diestro lado,
por donde entró corriendo el filo crudo
hasta que ya, llegando donde pudo,
juntó la guarnición con el costado;
allí en la fiera boca don Hurtado
tal golpe le asentó con el escudo,
que sin poder abrirla contra el cielo,
Caupolicán de espaldas vino al suelo.

Cayó (que fue ventura) por do estaba
abierto un gran portillo en la barrera,
quedando con el medio cuerpo fuera
casi pendiente encima de la cava;
y así, cuando deshecho en ira brava

al levantarse fue la bestia fiera,
sin advenir el puesto peligroso,
consigo de cabeza dio en el foso;

La cual como de golpe recibido
en la primera súbita caída
estaba yo malsana y mal sentida,
quedó de la segunda sin sentido:
el victorioso joven como vido
haberse rematado esta partida,
volvió gozosamente a la batalla
con ánimo también de rematalla.

Do viendo cómo algunos indios fieros,
que en las insignias, muestras y ademanes
mostraban claro ser los capitanes,
andaban en el daño delanteros,
llamó escogidos veinte arcabuceros
para que de estos bárbaros guzmanes,
que el mismo señalaba por su mano,
algunos le pusiesen en lo llano.

El escogido bando, que desea
mostrar su pulso firme y cierta mira,
al enemigo apunta, en cara y mira,
que entre los otros más se gallardea;
tan bien el plomo y pólvora se emplea,
que apenas hay quien yerre adonde tira,
y así, derriban de estos y desotros,
mas luego en su lugar se ponen otros.

Pues como tan apriesa a causa de esto
jugase el arcabuz y artillería,
gastóse al fin la pólvora que había,
que era la que mejor guardaba el puesto;
mas dieron a las naves voces presto,
que bien de allí la voz se percibía,
pidiendo que a pasar se aventurasen
y el salitrado polvo les llevasen.

Mas como de enemigos la marina
estaba a la sazón también cuajada,
ninguno habiendo pólvora sobrada,
a ser el portador se determina;
hasta que de la prora más vecina
saltó con voluntad determinada

un clérigo animoso y esforzado,
sacando una botija en cada lado.

Y en un pequeño esquife en breve espacio,
llegado con su carga a la ribera,
al muro parte luego de carrera,
(que no era tiempo aquel para ir despacio).
Llamábase éste el padre Bonifacio,
y cuando tal renombre no tuviera,
por este bien que hizo y bravo hecho
hubiera para dárselo derecho.

Fue su aventura tal y atrevimiento,
que por entre las armas contrapuestas
pasó con sus vasijas dos a cuestras,
subiéndolas allá sin detrimento;
a do mostrando aún más vigor y aliento,
en cómodo lugar las dejó puestas,
de donde siendo luego repartidas,
sacaron de los indios muchas vidas.

El uno aquí y el otro allí se tiende
del inmortal espíritu privado,
y al arrancarle tuerce el rostro airado
como que aún de la muerte se defiende;
a quién por la cabeza el filo hiende,
a quién la bala deja atravesado,
a quién le asoma ya por la cintura
el palpitante vientre y asadura;

Y cual con vengativo y duro ceño,
habiéndole embebido media lanza,
por ella misma entrando se abalanza
hasta cerrar a brazos con el dueño,
queriendo que se abrevie el mortal sueño,
y no que se dilate la venganza:
a tanta perdición y daño llega
el daño y perdición de un alma ciega.

Las tronadoras seis hinchadas piezas,
aprisa disparadas de mampuesto,
hacen destrozo y daño manifiesto,
llevando piernas, brazos y cabezas;
cual muere de una vez partido en piezas,
haciéndole favor la muerte en esto,
y a cual, estando ya el pie en el estribo,

las ganas de morir le tienen vivo.

¡Oh cuántos desfallecen de heridas
por sólo no ligarlas desangrados!
¡Oh cuántos cuerpos ruedan destroncados!
¡Cuántas cabezas vuelan divididas!
¡Oh qué de alientos, ánimas y vidas
salen por vientres, pechos y costados,
que ausentes de su tierra y patrio nido
van a gustar las aguas del olvido!

Con esto, a su pesar, de la barrera
dos veces a los indios retiraron,
mas tantas hechas áspides tornaron
y con doblada furia en la carrera;
hasta que rebatidos la tercera,
de la vitoria al fin desesperaron,
volviendo las espaldas parte dellos
y luego todo el número tras ellos.

Porque de ver el daño desmedido
que desde la lanquera les hacía
el bélico español y artillería,
y ver a su cabeza sin sentido,
dieron lugar a un miedo tan crecido
cuanto lo fue primero la osadía,
mostrando a nuestro ejército las plantas
por no mostrar al filo sus gargantas.

No Rengo y Leucotón, que sobre el muro
quedaban iracundos peleando,
mas viendo a todos irse retirando,
tuvieron el quedar por mal seguro;
y aunque para ellos fue negocio duro,
la vida por entonces reservando,
dejando los postreros la estacada,
llevando por delante su manada.

Caupolicán también, que larga pieza
estuvo amortecido allá en la hoya
con infinita sangre que le arroya
y baña de los pies a la cabeza;
de muchos ayudado se endereza,
y deja el nuevo muro y nueva Troya,
diciendo allá entre sí: "No hay fuerza alguna
contra la voluntad de la fortuna."

El impar Tucapelo solamente
quedó cual bravo toro dentro el coso,
que mientras más herido más furioso
embiste las barreras y a la gente;
defiéndose y ofende al más valiente
el bárbaro sangriento y corajoso
de fieros enemigos rodeado,
que ya le estrechan de uno y otro lado.

Pero con solamente media maza
de tal manera entre ellos se revuelve,
que donde aquel sañudo rostro vuelve
gran trecho de lugar desembaraza;
hasta que viendo ya que en esta plaza
es poca la ganancia, se resuelve,
de renunciaría, aunque es a su despecho,
pues quiere mas honor que no provecho.

Mas no le mueve al indio amor de vida
para determinarse de salvalla,
sino que echando gente a la muralla
quieran cerrarle el paso a la salida;
y para demostrar el homicida
que es por demás cerrarlo ni cerraría,
como él a su pesar abrir la quiera,
hizo lo que pensar aún es quimera.

Porque por todas partes revolviendo
la temerosa vista encarnizada,
y viendo la salida embarazada
de muro y gente, de armas y de estruendo,
su fue su paso a paso retrayendo
hacia donde la cuesta era peinada,
y tiene de alto en buena perspectiva
de veintidós estados para arriba.

De donde con las alas de su rabia
se arroja en vuelo y furia arrebatado,
bien como al mar tranquilo y sosegado
se suele el buzo echar desde la gavia;
mas luego le parece que se agravia,
y se arrepiente ya de haber saltado,
sintiendo que de nuevo le llegaban
mil tiros que siguiéndole bajaban.

Rabioso de esto embiste con la cuesta,
do tienta la subida inaccesible,
probándola con ver que es imposible
de la primera vez hasta la sexta;
y viendo que no puede ser por ésta,
busca otra parte si es posible,
escudriñando en torno el paso y vía,
que sólo para pájaros le había.

Pues como de luchar con el barranco
halló que no sacaba más provecho
que derramando sangre estarse hecho
a los que le tiraban cierto blanco;
determiné dejar el puesto franco,
de donde a la marina fue derecho,
queriendo emplear en ella su coraje
a costa del robusto marinaje.

Mas viendo que también de allí su gente
desbaratada y rota se volvía,
siguiendo a la demás que ya subía
por el recuesto, arriba torpemente,
echó por otra parte el impaciente,
no se dignando de ir en compañía
de los que huyendo van sin ir tras ellos,
por no participar la infamia de ellos.

Y así, bañado en sangre y mal herido,
colérico, espumoso, bravo y fiero,
bramando más que el toro al bramadero,
y más desesperado que el vencido,
se entró por un bosque entretejido,
sin que siguiese rastro ni sendero,
que por aquella parte no le había
más del que desangrándose hacía.

Llegado a la mitad de la espesura,
por no poder tenerse ya en su estado,
cayó con todo el cuerpo ensangrentado
al pie de un roble duro en tierra dura,
do ni vivir curándose procura,
ni el verse cual se ve le da cuidado;
mas puesto allí de rostro muerde el suelo,
pidiéndose razón de Tucapelo.

En tanto la femínea compañía,

que estaba atrás dos leguas aguardando
el buen o mal suceso de su bando,
costumbre que la guardan hoy en día,
sintiendo que el ejército volvía,
ya por saberlo todo reventando,
salen a recibirlos al camino
con sus pintados cántaros de vino.

Tras ellas va la bárbara hermosa,
de Tucapel amada tiernamente,
llevándole refresco suficiente,
aunque sobresaltada y pavorosa;
sabida las demás la nueva odiosa
y estrago lamentable de su gente,
entregan a las unas los cabellos,
trayéndose con ellas parte dellos.

Quién llora su marido, quién su hermano,
quién a su amado hijo, quién su amante,
y quién al padre caro vigilante,
que así la deja huérfana temprano;
cuál tuerce de dolor la blanca mano,
y cuál con ella hiere el bel semblante,
cuál humedece a lágrimas el suelo,
cuál rasga con suspiros aire y cielo.

Gualeva, más que todas desalada,
caído el corazón, la faz difunta,
por Tucapel matándose pregunta,
mas no hay quién sepa del decirle nada;
y viendo que de todos es mirada,
mil daños y desastres mil barrunta,
que donde el amoroso fuego quema
no hay género de mal que no se tema.

A gritos llama y nadie le responde,
que todos callan mustios y serenos,
mirándola con ojos de agua llenos
buscar su amado sin saber por dónde;
y como no es persona que se esconde,
a la primera vista lo echa menos,
mas loca, no creyéndolo, a más priesa
vuelve, revuelve, cruza y atraviesa.

Cual descuidada cierva que herida
del insidioso y cauto balletero,

ya sigue aquél, ya deja este sendero,
vagando por la senda entretrejida;
o cual oveja triste y desvalida
que sólo va buscando su cordero,
tal va moviendo a lástima Gualeva
por donde el poderoso amor le lleva.

Ya muestra envuelto en púrpura el semblante,
ya en blanco, ya en mortal y oscuro velo,
ya fijo en tierra, ya elevado al cielo,
ya para Ocaso, ya para Levante,
ya vuelta contra cuantos ve delante;
les dice: "¿Dónde está mi Tucapelo?
Decidme lo que el cielo de él dispensa,
no me tengáis atónita y suspensa.

"Desengañadme ya si es muerto o vivo,
si viene, si se queda o qué se ha hecho,
pues no hay en dilatarlo más provecho
que dilatar la pena que recibo."
No dice más, que ya el dolor esquivo,
queriendo proseguir le cierra el pecho,
y si prosigo yo, cerrado el mío.
dirán que canto mal y que porfío.

CANTO VII

Dejáronla llevar de su destino
(aunque con harta lástima de vella)
los dos que bien holgaran de ir con ella,
si diera algún lugar su desatino;
y prosiguiendo juntos el camino,
se fueron parte de él tratando della,
y repitiendo casi a cada paso
el punto y extrañeza deste caso;

Tal vez encareciendo justamente
su grande fe y amor calificado,
tal vez el pecho y ánimo esforzado,
de su delicadez tan diferente;
tal vez a lo que llega el accidente
del siempre niño Dios entronizado,
si toma posesión de un pecho noble,
que se le defendió con arma doble.

"¡Oh, cuánto diera yo (Rengo decía),
amigo Leucotón, y cuánto diera
porque este amor Millaura me tuviera,
Millaura, aquella luz del alma mía!
y ¡cuán de buena gana tomaría
que como Tucapelo me perdiera,
con tal que me guardara vivo el hado
hasta gozar de verme así buscado!"—

"No quieras tan costosa y cara prueba,
(le dice Leucotón), mas vive, amigo,
pues como tengas vida, yo te digo
que no es Millaura menos que Gualeva;
sino que en la mujer no es cosa nueva
tratar a su amador como a enemigo
hasta probar el celo con que viene,
y es por natural temor que tiene.

"Veras al descubrirle el pensamiento
aquella austeridad con que comienza,
que no parece hay cosa que la venza,
y que es imaginarlo perdimiento;
mas todo aquel desdén y encogimiento
no es más que hacer la salva a su vergüenza,
y aún darnos a entender, cuando concede,
que es porque defenderse más no puede.

"Otras razones tienen de esquivarse,
mas en resolución, por más que veas,
jamás de la que bien quisieras creas
que deja de quererte y abrasarse;
sólo hay que saben más disimularse,
al menos cuando ven que las deseas,
lo cual conocen ellas claramente
como si lo escribieras en la frente.

"Así que no te aflijas desde ahora,
que el tiempo hará su curso si le place,
y lo que en muchos años no se hace
suele después hacerse en sola un hora;
¿Qué sabes de Millaura si te llora
y en este mismo punto se deshace,
sintiendo en lo interior del pecho suyo
lo mismo que tú sientes en el tuyo?"—

"Quererme tú curar de esa manera,
estando en este mal tan mal experto,
responde Rengo, es duro desconcierto
y solamente hablar de talanquera;
al fin, como del mar te ves tan fuera,
gobiernas bien la nave desde el puerto,
mas si te vieras dentro en fusta angosta,
tú dieras, como todos, a la costa."—

"No pienses (Leucotón le dijo luego)
que nunca el mar de amor he navegado;
ya sus furiosas aguas me han cercado,
y entre ellas abrasándome su fuego;
ya vi su vendaval, ya su gallego,
y sé, de puro bien acuchillado,
que nunca ni tormenta ni bonanza
dejaron de rendirse a la mudanza."

Así los dos amigos altercando
sobre éste y otros puntos, caminaban,
con que la grave pena que llevaban
camino y horas iban engañando;
hasta que en largo término llegando
adonde los demás les aguardaban,
trataron de juntarse nuevamente
para volver a dar en nuestra gente.

Pues quédense tratando ahora de esto,
en tanto que yo vuelvo do me llama
la vagarosa triste y sola dama,
a quien en tal estado amor ha puesto;
prosigue sin parar su curso presto,
de que se queja bien la seca grama,
pues puede, si pararse un tanto en ella,
su blanco y tierno pie reverdecella.

Mas no le da lugar (que bien quisiera)
la prisa de la vara y acicate
con que el tirano amor la hiere y bate
para que se repare en la carrera;
y aunque se canse, a descansar no espera,
temiendo que el descanso no la mate,
si muere, por buscarle con remanso,
aquél en quien se libra su descanso.

Con todo, aconsejarse no sabiendo,

ya del seguido rumbo desmentía,
o ya por el de nuevo revolvía,
errática y furiosa discurriendo;
ya sesga de tropel iba corriendo,
ya sin saber a qué se detenía,
enviando allá y acá la vista bella,
y mil suspiros íntimos tras ella.

Cual suele andar la vaca si ha perdido
el tierno becerrillo, prenda cara,
que ya sin orden corre, ya se para,
llamándole con hórrido bramido;
ya sobre alguna loma del ejido,
si alguna cosa ve, con ella encara,
alzando la cerviz y armada frente
con un feroz denuedo y continente;

Así Gualeva andaba con la pena,
ahora en vaca fiera convertida,
ahora lamentándose afligida,
ya rota de sus lágrimas la vena;
como la querellosa Filomena,
que cuando al nido fue con la comida,
no vido en él sino es algunos pelos,
reliquias de los huérfanos hijuelos.

Llegada en fin al monte oscurecido,
se lanza en él, rompiendo su arboleda,
do, sin sentirlo, a veces se le queda
de alguna rama algún cabello asido;
porque como él es tal y va esparcido,
no hay árbol tan hermoso (con que pueda)
que alguna partecilla no le coja
para el esmalte y lustre de su hoja.

Gran rato anduvo así por la espesura,
pegando fuego al aire y a la rama,
en fe de los suspiros que derrama,
bastantes a encender el agua pura;
"¿adónde estás (clamaba) ¡oh muerte dura!
que nunca has de venir a quien te llama?
si por llamarte ahora te detienes,
ya no te llamo, ven, ¿por qué no vienes?"

"Mas, ¡ay! ¿qué pides, ánima perdida?
¿no ves que arguye pecho poco fuerte

pedir que llegue el paso de la muerte
por excusar los duros de la vida?
¿qué sabes tú si aquél que en ti se anida
aún goza de la luz? Mas si mi suerte
no lo permite así, salidme, fieras,
y haced estas mis sílabas postreras.

"¡Ay! como el no poder certificarme
es lo que me detiene y me refrena,
para que, ya que falta mano ajena,
con esta propia deje de acabarme;
mas, pues que ya no acaba de matarme,
no debe ser tan áspera mi pena,
aunque a razón de como yo la siento
exceda toda suerte de tormento.

"Pues, ¿cómo, siendo así, viva me hallo?
no sé, sino es que al cielo injusto place
que, como crece el sol que me deshace,
crezca la fuerza en mí para llevarlo;
mas si en así quererlo y ordenarlo
algún favor entiende que me hace,
engañase, que es muerte más esquivo
hacerme que muriendo siempre viva.

"Mas deme cuanto mal quisiere el cielo,
y si otro le quedare más terrible,
(aunque esto a mi pensar es imposible)
a todo estoy dispuesta, venga y délo;
que siendo por tu causa, Tucapelo,
no dejara de ser en mi sufrible,
con tal que, ahora mueras, ora vivas,
en ara y holocausto lo recibas.

"Acaba, dime pues, ¿a dó te escondes?
mira que yo te busco, sal ya fuera.
¿No sales? Tu querida es quien te espera,
Gualeva es quien te llama. ¿No respondes?
Ingrata y duramente correspondes
a un puro corazón hecho de cera,
que regalado en su amorosa llama,
por estos ojos tristes se derrama.

"¡Oh selvas, campos, riscos, peñascales,
y vos, sus moradoras bravas fieras,
manchadas tigres, pardos y panteras,

marinos peces, aves celestiales,
arroyos claros, fuentes perenales,
umbrosos valles, húmedas riberas,
si percibís la voz que doy en vano,
llevádsela a mi bien de mano en mano.

"Obligación tenéis a lo que os pido,
porque si estáis seguras y adornadas,
sin ser de los cristianos infestadas,
es porque os hace sombra mi querido;
pues. ¿dónde le tenéis, deci, escondido?
Guiad allá mis trémulas pisadas
para que llegue a tiempo tan dichoso,
que cause el suyo, el vuestro y mi reposo.

"¿Oídmeme por ventura? ¿Estáis conmigo?
Mas ¡ay, que gran locura y devaneo!
al aire y a los árboles voceo;
no debo estar en mí, no estoy, bien digo,
porque si estoy sin ti, mi dulce amigo,
que eres el yo del ser que en mi poseo,
no puedo estar en mí como solía,
y sólo estoy allá en la pena mía.

"Podráislo colegir, señor, de verme
verter por estos páramos mis quejas,
adonde nadie puede darme orejas,
o si las da, no sabe responderme;
eco no más se cansa por valerme,
corriendo con mi llanto a las parejas,
mas como no me alcanzan sus alientos,
responde con los últimos acentos."

Así la triste bárbara planya,
así con la menor de sus querellas
tocaba las altísimas estrellas,
y el bosque resentido retenía;
sus ninfas en sagrada compañía,
los faunos y los sátiros con ellas,
al tierno y alto son de sus clamores
llevaban tiernamente los tenores.

Mas cuando estuvo ya de medio a medio
tendido por la tierra el negro manto,
Gualeva en los extremos de su llanto,
antes que fin tuviera, tuvo medio;

porque cuando ella más de su remedio
desesperaba, quiso el cielo santo
que oyese, no muy lejos de dó estaba,
una cansada voz que se quejaba.

Paró de golpe a ver lo que sería.
y estúvose clavada en el asiento,
adonde le tomó el cansado aliento,
volviéndose al lugar de dó salía;
en las intercadencias que hacía
la ronca voz, mostraba el poco aliento
que ya gozaba el pecho enflaquecido,
de donde con dolor había salido.

Oyólo atenta, el viso codicioso
por los espesos árboles echando,
hasta que Febo ya su luz prestando,
le descubrió sangriento al caro esposo:
que al pie del roble sólido y nudoso
estaba como el pece palpitando,
en una grande balsa de sus venas,
ya de furor, y no de sangre llenas.

Cual águila caudal, que desde el cielo,
en viendo al ballenato dar en tierra,
prestísima con él en punta cierra,
dejando roto el aire con su vuelo,
y dando con las alas por el suelo
encima de él se arroja y de él se afierra,
tal, sobre el cuerpo echado en sangre roja,
la bárbara frenética se arroja.

Allá la dama celebre de Sesto
ligera se arrojó al galán de Abido,
en las arenas húmedas tendido,
sólo por le pagar su amor con esto;
mas no es para frisar su cruso presto
con este de Gualeva desmedido,
ni aquel de la pesada piedra cuando
a su nativo centro va llegando":

Llegó con él, y habiéndose entregado
del que con tantas lágrimas buscaba,
su pecho, rostro y boca le entregaba,
diciéndole: "¿Qué es esto, dulce amado?
¿quién fue el traidor que os puso en tal estado?"

y yo, traidora, entonces ¿dónde estaba,
que no me pude hallar al trance crudo
para que hubiera sido vuestro escudo?

"Pero volved en vos, mi bien, ahora,
y tomaréis en mí venganza de esto,
si no queréis que yo la tome presto,
abriendo puerta al alma que os adora;
porque la fe, que en este pecho mora,
lo tiene ya conmigo así dispuesto;
pues si mi vida amáis como ella os ama,
mostradlo en responder a quien os llama."

En tanto que esto ansiosa le decía,
de su delgada túnica rasgaba,
con que las grandes llagas le ligaba
por dó perder más sangre parecía,
y la que en el afeado rostro vía
al suyo hermoso y limpio la pasaba,
sin procurar entonces hermosura,
cosa que la mujer tanto procura.

Mas no se disminuye de ella nada
con las pegadas máculas sanguinas,
porque parecen antes clavellinas,
sin orden esparcidas por cuajada;
o lo que suelen ser la alborada
cuando nos corre Febo sus cortinas,
o cuando quiera ya cerrar el velo,
los rubios arreboles por el cielo.

Ninguna de estas cosas ve el marido,
porque de haberse tanto desangrado,
a la sazón estaba desmayado,
desde que su mujer le vio tendido;
la cual, en verle ajeno de sentido,
se cubre de un mortal sudor helado,
que le quitara pena y vida junto
a no volver el indio en este punto.

Volvió, mas de la rabia que tenía,
el seso trastornado en sus vacíos,
y así, diciendo extraños desvaríos,
que forma la revuelta fantasía;
ella, sin entender que desvaría,
le dice: "lumbre de estos ojos míos,

¿qué es esto? ¿qué es de vos? ¿tan flacamente
os desmayáis, teniéndome presente?"

Apenas hubo dicho de esta suerte,
cuando responde el indio a sus endechas:
"¿quién eres, que conmigo así te estrechas?
Paréceme que quiero conocerte;
ya te conozco: ¿no eres tú la muerte?
No es otra: ¿no la veis con arco y flechas?
Sin duda que es la muerte poderosa;
mas no, que para muerte es muy hermosa.

"Pero será posible que lo sea,
y como tanto ha ya que la deseo,
el gusto y afición con que la veo
me la figuro hermosa, siendo fea;
acaba, muerte, pues; tu jara emplea
y goza de tu próspero trofeo.
¿Qué dudas? ¿No te llegas? ¿No te mueves?
Aun con venir armada ¿no te atreves?—

"¿Cómo? ¿Tan presto tanto desmerezco,
(dice Gualeva en llanto derretida)
que ayer me confesaba por tu vida,
y ahora lo contrario te parezco
cuando por ti más duro mal padezco,
haciendo prueba de ello conocida?
Mas ¡ay! que es condición del hombre loco
de quien le tiene en mucho darse poco."—

"¿Así que el hombre tiene esa costumbre?
(responde el trastornado Tucapelo)
"Pues mira cuánta lumbre da en el cielo
la luna en competencia de tu lumbre;
¿no ves al español allá en la cumbre
y a Tucapel echado por el suelo?
Mas ¿cómo se arrojó de allí el cobarde
para morir una hora o dos más tarde?"

Con esto, que bastó por desengaño
de que era desacuerdo y desatino,
Gualeva comenzó a perder el tino,
haciendo de sus lágrimas un baño;
mas, como nunca viene solo el daño,
el compañero de éste luego vino,
que fue tomar el bárbaro sangriento

a suspender el curso del aliento.

No pudo ya su cara compañera
dejar de hacerle cara compañía,
quedando sin sentido en tierra fría,
adonde así quedara quien la viera;
y todos quedaremos con espera,
de que descansará la mano mía,
pues bástale de ruda ser notada,
sin que también la noten de pesada.

CANTO VIII

¡Qué pocos hay en esta edad presente,
aun de los que se precian más de amantes,
que tengan sentimientos semejantes,
o sepan qué es amar perfectamente!
Los más se van al fin de su accidente,
y llaman a los otros ignorantes,
teniendo a cortedad lo que es pureza,
y a la desenvoltura por tineza.

Ya no hay la sencillez y noble trato
que allá en aquel dorado siglo había;
ya va lo bueno a menos cada día.
y más que a más lo malo cada rato;
ya el mundo no es cual fue, sino un retrato
de engaño, de traición, de alevosía,
aunque esto no es lo malo de él ni dello,
sino preciarse ya de parecello.

¡Cuán lejos anda el hombre mal discreto
de procurar aquello que aprovecha,
pues deja por el mal de su cosecha
el bien que ha de venirle de acarreto!
Apenas hay quien siga lo perfeto,
ni atine por dó va la senda estrecha,
que como de tan pocos es andada,
crece la yerba y tiénela cerrada.

Un tiempo los humanos (tiempo bueno)
trataban sin doblez verdad entera,
sin que mostrasen más en lo de afuera
de lo que estaba allá dentro del seno;

mas la malicia corre ya sin freno
y la bondad corrida va trasera,
echando atrás más pasos que adelante,
cual por la seca arena el caminante.

¡Oh bienaventurada aquella gente
de pecho limpio y ánimo sincero,
do vive amor tan puro y verdadero,
que no publica más de lo que siente;
que no le mueve ilícito accidente,
y es a querer de sólo un fin movido,
cual es querer no más y ser querido!

Como Gualeva quiere, que no quiere
sino por ser querida de su amado,
y así de verle ahora en tal estado
casi para morirse, casi muere;
pues (como el canto sétimo refiere)
le da la pena un golpe tan pesado,
que la derriba y tiende por el suelo,
envuelta en un mortal y turbio velo.

Estuvo sin sentido larga pieza,
porque del gran extremo en que sentía
en el de no sentir venido había,
que así del fin de un mal, otro se empieza;
volvió su amante en esto la cabeza,
que ya de su locura en sí volvía,
cobrando aquel aliento de que ahora
por él está privada su señora.

Revuelve el cuerpo, vela, mira y para:
los ojos clava en ella y se demuda;
párecele que es Gualeva, pero duda
que tanto bien le de fortuna avara;
extiende el brazo y llégale a la cara,
do siente que un sudor helado suda,
mas visto ser su bien, su mal conoce,
y por la causa de él se reconoce.

A levantarse va desatinado,
después de haberse vuelto boca arriba,
mas aunque en una y otra mano estriba,
no puede alzar el cuerpo desangrado;
forceja y vuelve de uno y de otro lado,
mil veces prueba, y tantas le derriba

la falta de la sangre, que era mucha,
y así no puede más por más que lucha.

Pero sacando fuerzas de flaqueza,
(que de ella habiendo amor puede sacarse)
si no se levantó pudo sentarse,
por más que lo estorbó naturaleza;
y sobre aquel milagro de belleza
penadamente empieza a derribarse,
cogiendo de sus labios, aunque helados,
frutos en todo tiempo sazonados.

Do luego con la voz debilitada,
que a fuerza del amor del pecho sale,
le dice: "¿No eres tu mi amada Guale?
¡Oh luna! Y ¿ésta no es mi Guale amada?
pues ¿cómo estás así desfigurada,
faltando en la figura quien te iguale?
O ¿quién te dio lugar en este suelo,
debiéndole tener allá en el cielo?"

"Si para estar, señora, de esa suerte
ha sido parte el ver que estoy yo de ésta,
¿no sabes que mi vida no está puesta
al golpe (si tu vives) de la muerte?
pues vive y toma en ti, que sólo el verte
es lo que ya más siento y más me cuesta;
no más, no más, amiga, baste, baste;
no vuelvas a perder lo que hallaste.

"Responde a Tucapel que soy yo mismo;
yo soy el que tú buscas, yo te llamo."
No dice más, y, al eco de este bramo,
torna Gualeva en sí del paroxismo:
estaba ya en las puertas del abismo,
y vino como el pájaro al reclamo
al poderoso grito de su amante,
poniendo en él su pálido semblante.

Levántase, que el bárbaro la ayuda,
diciéndole: "¿Qué sientes, mi senora?
¿No ves delante vivo al que te adora,
aunque su vida has puesto en harta duda?"
Ella con esto el muerto color muda
en el color más vivo de la aurora,
y no pudiendo hablarle de contento,

le ciñe con sus brazos en descuento.

CANTO IX

Dejemos lo demás, pues no aprovecha,
y siento que la oreja ya me zumba,
aunque por ser verdad que así retumba
sospecho que carece de sospecha;
pues quede tu alma a Dios, por quien fue hecha
hasta cobrar su cuerpo de la tumba,
que yo me muevo al hilo de la historia,
casi quebrado ya con tu memoria.

Cortés, Riberos, Cáceres, Miranda,
Godínez, Bustamante y Andicano.
Arana, Lira, Niebla, Santillano,
Montiel, Villegas, Avalos, Aranda
con toda la demás lucida banda,
no menos se mostraron en lo llano
todos con sus adargas, y por ellas
el cielo, el sol, la luna, las estrellas.

No poco en este alarde señalados
se vieron otros únicos varones,
en paso y plumas gallos y pavones,
y en la batalla tigres enojados;
caballos ricamente encubertados
con símbolos, empresas y blasones,
gentiles, fuertes, bravos y galanes
en rostros, armas, cuerpos, ademanos.

Las bandas, los collares, las cadenas,
lorigas, yelmos, cotas relucían;
los visos y las aguas que hacían
dejaban las del mar de envidia llenas;
hirviendo se mostraban las arenas
al fuego de los pies que las batían.
La tierra se apretaba con su centro
y el mar se retiraba más adentro.

En toda la reseña no hubo alguno
que en algo no mostrase algún exceso,
y de seiscientos que era el bando grueso,
de presentarse aquí dejó ninguno;

quisiera yo acudir a cada uno,
mas muérase la historia toda en eso,
baste que en otras partes puesto vaya
quien puesto no se viere en esta playa.

Yo voy en lo que puedo tan sucinto,
que poco habrá de ser lo que me aguarde,
y adviértole demás que en este alarde
no van por orden todos los que pinto;
para que ni por cuarto ni por quinto,
ni por llegar temprano ni por tarde,
ni porque lo mejore ni empareje,
ninguno la agradezca ni se queje.

Si ya para salir en este día
nombrados capitanes estuvieran,
por orden todos ellos se pusieran,
siguiendo a cada cual su compañía;
mas como en esta muestra don García
para nombrarlos quiso que salieran,
poner particulares fue forzoso,
y para mí no poco trabajoso.

Hiciéronse a una banda los piqueros,
que un gran cañaveral de sí formaban,
y en otra, donde menos ocupaban,
el hórrido escuadrón de arcabuceros,
con mil amigos bárbaros flecheros
que al dar el salto un pece lo clavaban,
poniéndose unos a otros con mirarse
solícitos impulsos de estrellarse.

Gozoso los miraba don Hurtado,
y allí nombrados ya los oficiales,
personas beneméritas cabales
de traza, de consejo, de cuidado,
les hizo un parlamento concertado
con sólidas palabras sustanciales,
como le hiciera aquel romano Julio
con toda la retórica de Tulio;

Mostrándoles en él que quiere luego,
pues tiene tal ejército delante,
buscar al fiero bárbaro arrogante,
ganándole de mano en este juego;
y pues en todos hay tan vivo fuego

y en todo la presteza es importante,
que el sábado siguiente marche el campo,
en viéndose con luz el verde campo.

¡Qué larga aquella noche les parece,
qué lerda, qué sin pies la clara lumbre!
No ven algún asomo de vislumbre
cuando engañados piensan que amanece,
no temen el trabajo que se ofrece,
no hay cosa que les cause pesadumbre,
si no es el detenerse tanto el día,
que ya lloviendo aljófares venía.

Levántase el real en este punto,
y bien cubierto de armas y rocío,
se va la vuelta luego de Biobío,
por donde con el mar se ve más junto;
pero descanse ya mi voz un punto,
en tanto que la gente llega al río,
porque según el paso y prisa della
cansado mal podré tener con ella.

CANTO X

Era este Galbarin de mal respeto,
de mala inclinación, enorme y crudo,
así para lo bueno torpe y rudo
como en lo malo práctico y discreto;
de quien jamás se tuvo buen conceto,
doblado contumaz y cabezudo,
soberbio en condición, humilde en casta
y a todo bien ingrato, que esto basta.

Descúbrese lo dicho en este hecho,
de cuya atrocidad estremecido,
y en áspide Orompello convertido,
saltó en ardiente cólera deshecho;
mas con dificultad y a su despecho
fue de varones graves detenido,
diciéndole excusase aquel enojo,
teniendo al enemigo tan al ojo.

Por esto comedido se repara
diciendo en fiera voz al homicida:

"¿Qué te movió a querer quitar la vida
al que de tantos la compró tan cara?
¿Por qué no le saliste cara a cara
y fuera tu braveza conocida,
sino como traidor de aleve pecho?
¡Por cierto que emprendiste un grande hecho!"

Del cielo venga el áspero castigo
en esas manos crudas avilataadas,
que yo no dudo vértelas cortadas
a manos del hespérico enemigo;
porque, si lo dudara, yo te digo
que nunca fueras estas estorbadas
a te sacar mil almas que tuvieras
y encomendar tus carnes a las fieras.

El indio le responde encarnizado:
"pues alto, sus, que filos tengo buenos,
mas para darte yo los puños llenos
es poca la ocasión que tú me has dado;
¡no miras, Orompello mal mirado,
que de los enemigos mientras menos,
y que si en esto a mí no soy honroso,
a todos habré sido provechoso?"

Airado el sucesor de Mauropande
con obras a lo dicho replicara
si a tiempo no viniera Tulcomara
mandando que ninguno se desmande;
basto por ser de oficio y nombre grande
a lo que todo el mundo no bastara,
aunque dejó a los bárbaros insanos
mordiéndose de cólera las manos.

El triste de Guillén quedó tendido,
causando aún a los ínfidos mancilla,
adonde presto fue de la abubilla
y de funestos cóndores comido;
éste es (mirad que acedo y desabrido)
el fruto que sacó de la frutilla.
¡Oh gula, cuán de atrás nos haces guerra!
Testigo es el que Dios formó de tierra.

¡Qué cosa tan culpable y arriesgada
en los soldados es el desmandarse!
Pues el mayor desmán suele causarse

de ser una persona desmandada;
la oveja que se va de la manada,
o presto la veréis abarrancarse,
o que el hambriento lobo da con ella
donde el pastor no puede socorrerla.

CANTO XI

Huyendo van los nuestros por su daño
de la pesada mano y pie ligero
como del enemigo carnicero,
sin su pastor, el tímido rebaño;
aprisa juegan todos de calcaño
batiéndolos con todo el cuerpo entero,
según sus alas bate la paloma
si ve que el gavilán transido asoma.

De tanto golpearse van quebrados
hijares, pies, estómagos, arzones,
y cual si no tuvieran corazones,
robada la color y despulsados;
porque los pulsos todos derramados,
se juntan de temor en los talones,
haciéndolos pulsar con más presura
que el pulso de la recia calentura.

Pero por más aprisa que los batan,
con mucha más los indios atrevidos
alzando fieras voces y alaridos
los corren, los aquejan, los maltratan;
innumerables golpes malbaratan,
que al aire y a la tierra van perdidos,
mas el que bien aciertan es tan caro,
que no padece contra de reparo.

Millones de palabras afrentosas,
injurias, vituperios, perrerías,
envueltas en agudas ironías,
despiden por sus lenguas venenosas:
"volved acá esas manos hazañosas,
que para ahora son las valentías;
tened, tened un poco la carrera,
que nadie os llevará la delantera.

"¿Tan poca estima hacéis de vuestra gloria?
¿Triunfos tantos, lauros y guirnaldas
tan presto las echáis a las espaldas
manchando (por la vida) su memoria?
Mirad que se os derrama la victoria,
volved a recogerla en esas faldas;
parad y no temáis nuestros poderes,
que nunca hicimos daño a las mujeres."

Aquel enorme y duro Galbarino,
más raudo y encendido que una bala,
les va gritando: "Tente, hala, hala,
a ver si te valdrá el poder divino."—
"¿Por dónde vais? que es largo ese camino,
les dice el orgulloso Cadeguala;
hermanos por acá, que a ser hermanos,
en vez de pies usárades de manos."

Así diciendo, el bárbaro se arroja,
y asido de un caballo por la pierna,
casi le descoyunta y desgobierna
doblando al triste dueño la congoja;
mas no pudiendo más, la deja coja,
y como si la cola fuera tierna,
estira de ella el indio con un brazo
tan recio, que le arranca todo el mazo.

Velo rabioso y muérdase la mano,
mordiéndola juntamente de las cerdas,
y dícese frenético: "Así muerdas
el corazón infame del cristiano."
Con esto las entrega al aire vano
diciéndole: "Ten cuenta y no las pierdas,
que tantas como son, serán las vidas
por estas crudas manos frenecidas."

Sin más decir, esquivada de la yerba
su volador planta el indio fiero,
siguiendo a nuestra gente el delantero
con furia más que rábida y proterva;
no menos va la bárbara caterva,
juzgándose por mísero el postrero,
bien como los vaqueros tras las vacas,
alzando mil confusas alharacas.

Con tal tesón, tal ímpetu y denuedo

los contumaces bárbaros seguían
que ya los pocos nuestros no se vían
de la tiserá de Atropos un dedo;
hasta que al fin, llevados por el miedo,
al campo, en breve término, volvían,
de donde, con vergüenza de su gente,
hicieron rostro al pérfido insolente.

Cual galgo que de muchos perseguido
por una y otra calle huyendo pasa,
en viéndose en la puerta de su casa,
suele cobrar el ánimo perdido;
y allí del miedo torpe sacudido,
revuelve contra todos, vuelto en brasa,
mostrándoles colmillos regañados,
en vengativa cólera amolados;

Así volvió rabiando nuestra gente,
y ardiéndose en coraje de corrida
por verse de los bárbaros corrida,
a vista de su ejército potente;
el cual, como al contrario ve de frente
entrársele con furia desmedida,
movió su fuerza toda a recibillo,
habiéndolo mandado su caudillo.

Mas el furor y estrépito era tanto
con que el poder incrédulo venía,
que salvo en el valor de don García,
en otro cualesquier causara espanto;
estuvo por los suyos puesto a canto
de peligrar su crédito aquel día,
por sólo haber tenido tal desorden,
a no le hallar los bárbaros en orden.

Si el que les dio guardaran los cincuenta,
conforme le llevó Ramón, preciso
para reconocer y dar aviso,
no los pusiera el indio en tal afrenta;
mas como por su mal erró la cuenta,
y luego acometer sin orden quiso,
volvió forzosamente, cual figuro,
poniendo en contingencia lo seguro.

Aunque salió tan bien el desconcierto,
que vino a ser en parte necesario,

para que, derramándose el contrario,
fuese mejor vencido en campo abierto;
sacó fortuna aquí del yerro acierto,
porque ésta no tan sólo de ordinario
humilla a don Hurtado la cabeza,
mas lo que va torcido le endereza.

Movióse pues (cual dije) con su gente
a resistir la bárbara violencia,
y fue con tal valor la resistencia,
que el pérfido bajo la altiva frente;
porque retrajo luego la corriente,
topando con la hispánica potencia,
y a no regiría el brazo mendocino,
también se la llevara de camino.

Como las ondas tímidas que vienen
sus vientres más que hidrónicos alzando,
y al trono celestial amenazando,
en dando con las peñas se detienen;
y como allí les hacen que se enfrenen,
en su dureza el ímpetu quebrando,
se ven así quebrar las indas olas
llegadas a las peñas españolas.

Más bien como esas ondas no pudiendo
romper por las barreras peñascosas,
revientan de coraje y espumosas
están, aún siendo frías, hirviendo;
así los enemigos no rompiendo
las contrapuestas armas poderosas,
comienzan a hervir con nueva rabia
subiendo ya su cólera a la gavia.

Revuélvense los campos en un punto,
el poderoso Arauco y fuerte España,
cuya mezclada sangre al suelo baña,
nadando en ella el vivo y el difunto;
el humo, el fuego, el polvo, todo junto,
al sol, al cielo, al aire, a la campaña
ofusca, ciega, turba y oscurece,
y el mar de tanto golpe se ensordece.

Por todo el escuadrón a toda priesa
con sus talcadas ruedas hiende y parte
el fiero belicoso y crudo Marte,

alzando polvorosa nube espesa;
y todo en sangre tinto se atraviesa,
haciendo que por una y otra parte
crezca la furia y cólera en los pechos,
las iras, los furores y despechos.

Pues este pertinaz, que más desea
la muerte del contrario que su vida,
por más que ve a los suyos de caída,
no pierde su furor en la pelea;
antes mejor que nunca se rodea
con la pesada porra descreída,
tan fiero, espumajoso y emperrado,
que es cuerdo quien procura darle lado.

Alcanza con un golpe a Quiracolla,
y aprénsale los cascos sobre el pecho;
a Lleuto deja manco, a Chul contrecho
y toda la facción a Ruico abolla;
celadas, picas, bárbaros arrolla,
por todos va llevándolos a hecho,
sin que repare o mire quien le hiere,
que ya morir matando sólo quiere.

Mas visto lo que pasa, tres varones
con el divino autor de *La Araucana*,
queriendo refrenar su furia insana,
batieron contra el indio los talones;
y danle tan terribles encontrones,
que a su pesar el bárbaro se allana,
poniendo las espaldas con el suelo
y las curtidas plantas en el cielo.

Cargaron codiciosos al momento
de los amigos indios maltratados,
por verse del incrédulo vengados
y desquitarse de él a su contento;
mas él se defendió de más de ciento
a coces, a puñadas y bocados,
hasta que al fin al número añadido
dificultosamente fue rendido.

En esto esotra gente del pantano,
que ya sufrir el daño no podía,
del todo por las aguas se metía
alzando del combate el pie y la mano;

y en fin, al bosque lóbrego y cercano
tomaron por la ciénaga la vía,
quedando su pestífera hondura
hecha de muchos cuerpos sepultura.

No fueron del Católico seguidos,
por ser lugar tan áspero y fragoso,
y para entrar por él dificultoso
a causa de los árboles tejidos;
fuera de que jamás con los vencidos
usó del crudo filo riguroso,
sino del más suave y más templado
el noble corazón de don Hurtado.

Demás de que, saliendo del tridente,
entraba recogiendo los pastores
aquella que confunde los colores
y al trabajar enfrena la corriente;
mostró con ella el prado mustia frente,
quedando como lánguidas las flores,
y era que luto el orbe se ponía
por denotar las muertes de este día.

Los nuestros de la noche convidados,
y del trabajo duro constreñidos,
privando del sentir a los sentidos,
suspenden, sin descuido, sus cuidados;
en tanto, pues, que duermen los cansados,
no es bien que yo despierte los dormidos,
que de esto servirán mis cantos muertos,
y no de que se duerman los despiertos.

CANTO XII

Es el inmenso Apó tan justiciero,
que no hay dejar amigo ni enemigo,
aquél sin premio ni éste sin castigo,
cumplido el plazo y término postrero;
a todos lleva Dios por un rasero,
al grande, al chico, al próspero, al mendigo,
que todos han de ser en esto iguales
así como lo son en ser mortales.

¡Oh cuánto sufre, pasa y disimula,

haciéndose del sordo, ciego y mudo!
no para que sospeche el hombre rudo,
que su poder sin límite se anula
mas porque se aproveche de esta bula,
y no lo espere hacer al punto crudo,
porque es como el pastor con su ganado
que sabe usar del silbo y del cayado.

Procure pues el hombre estar alerta,
y mire que si el tiempo gasta en vano,
cuando se juzgue en medio del verano,
dará el invierno golpes a su puerta;
y aún que éste llegue tarde, es cosa cierta
haber de parecerle que es temprano,
porque jamás lo espera ni previene
y hasta que esta sobre el no ve si viene.

Al paso que dilata Dios la pena,
su culpa el hombre ingrato multiplica,
con que su causa el uno justifica,
y el otro por la suya se condena;
pues aunque la divina mano llena
no es menos franca y pródiga que rica,
no hay cosa tan menuda ni olvidada
que no la tenga vista y apuntada.

¿Quién como nuestro Dios en lo criado
que allá sobre los ángeles reside,
y a nuestras causas mínimas preside
como si no tuviera más cuidado?
Él es quien al sayal como al brocado
siempre con una propia vara mide,
sin aceptar linaje de persona
desde el cayado al cetro y la corona.

Bien es verdad que, lejos de intereses,
castiga Dios con mano más pesada
la conocida res de su manada
que las que no conoce por sus reses;
mas como todos son sus feligreses,
y viven por el tiempo que le agrada,
a todos por su bueno y por su malo
hace probar al fin del pan y el palo.

No teme verse Dios necesitado
para que no castigue en su hacienda,

aunque cual justo padre en la contienda
castigue más al hijo que al criado;
mas cuando vive el tal desenfrenado,
y el hijo sujetándose a la rienda,
no quiere Dios ni debe hacer tal yerro
que quite al hijo el pan por darlo al perro.

Mil pruebas tiene de esto lo profano,
y en el volumen sacro las tenemos,
mas ¿para qué tan lejos las queremos,
teniéndolas aquí tan a la mano?
Mientras surcó el ejército cristiano
en Chile el mar del vicio a vela y remos,
jamás gozó de prospera fortuna,
porque sin Dios mal puede haber alguna.

Mas cuando ya, mudándoles la guía
con el piloto diestro mendocino,
dejaron su derrota y mal camino,
tomando nuevo rumbo y otra vía;
pasóseles la noche y vino el día,
soplóles el espíritu divino,
ganando al enemigo el barvolento,
como parece claro por mi cuento.

Dos veces los derriban de sus cumbres,
no porque ahora fuesen menos fuertes,
mas porque van trocándose las suertes
al paso que se truecan las costumbres;
que aquel por nombre el Padre de las lumbres,
de vidas es autor, que no de muertes,
y así no mata Dios, mas bien mirado
a cada cual le mata su pecado.

Bien se pensaba ser un fijo polo
Arauco en sus victorias y blasones,
o por tener tan bravos escuadrones
tener a su mandar la luz de Apolo;
y el crudo Galbarino por ser solo,
bien se creyó pasar entre renglones,
no viendo (por estar de lumbre falto)
que nada se le pasa a Dios por alto.

Patente está el engaño del primero,
pues ya en las dos batallas que ha tenido
de siempre vencedor se ve vencido,

y es porque va el Garzón por otro apero;
y para que sepáis el del postrero,
como llevó también su merecido,
oíd, señor, un tanto si os agrada,
y entonaréis mi voz desentonada.

Ya debe estar alguno descontento
de ver lo que he tardado en este punto,
mas no lo dice el hombre todo junto,
por no tener angélico talento;
ultra de que es el blanco de mi intento,
que entre estos cantos suene un contrapunto
de cosas del espíritu morales
para que tengan música los tales.

Siguiendo pues el hilo de la historia,
en lo que vino a ser de Galbarino,
después que por su mísero destino,
cantaron los hespéricos victoria;
así como a Titán le fue notoria,
apresuró por verla su camino,
y por tomar a Tetis residencia,
que gobernaba el mundo por su ausencia.

No bien al trono claro del Oriente
a presidir el délfico subía,
y de mirarle el prado se reía
limpiándose las arrugas de su frente;
cuando un crecido número de gente
acompañando al bárbaro venía,
así porque pudiesen con el preso
como por ver el fin de tal suceso.

En medio viene el indio maniatado,
sirviendo a los demás de mofa y juego
y echando por los ojos vivo fuego
su rostro ferocísimo y airado;
el cual, de golpes cárdeno, y manchado
de polvo, sangre, y más de enojo ciego,
la tierra turba y fiero en torno mira
y al techo celestial envuelto en ira.

Vestido de una rota camiseta,
que deja el muslo casi descubierto,
con arrogante paso y cuerpo yerto,
camina al ronco son de una corneta;

grita le da la cáfila indiscreta,
y todos gran lanzada a moro muerto,
mas el encara en ellos de tal modo,
que con mirar se paga bien de todo.

Estira por quebrar el atadura,
que como está fortísima y revuelta,
no sólo no la rompe ni la suelta,
mas antes apurándola se apura;
y lleno de infernal desenvoltura,
al menos con la lengua que está suelta,
los hiera, los baldona, los agravia,
diciéndoles así deshecho en rabia:

¿Pensáis que por llevarme de esta suerte
ya me tenéis vencido, vil canalla,
o que forzado voy a la batalla
y riguroso trance de la muerte?
Pues entended que el golpe menos fuerte
y más a mi contento es el pasalla;
por más pesado tengo y más esquivo
quedarme de vosotros hombre vivo.

Mas aunque no lo puede hacer mi diestra,
no dejo de morir con alegría,
muriendo por la dulce patria mía,
que es una misma cosa con la vuestra;
y no es mi voluntad llamarla nuestra,
por no contarme en vuestra compañía,
ni conceder, oh Chile, que te llames
engendrador de hijos tan infames.

¿De qué nación tan bárbara se sabe
que ofenda su linaje y propia tierra,
por excusar el peso de la guerra,
juzgando que el servir es menos grave?
Traidores, en vosotros sólo cabe
y en esos pechos pérfidos se encierra,
según lo que tenemos hoy delante,
atrocidad y crimen semejante.

Por no sufrir el peso de la lanza,
un peso para el hombre tan pequeño,
sufrés cargar la leña y aún el leño,
que suele ser la parte que os alcanza;
ponedme cada peso en su balanza:

veréis (si ya no estáis en torpe sueño)
que al cielo va de leve la primera,
y al suelo de pesada la postrera.

¡Que deis la libertad, indignos della,
por ser contra nosotros, en batalla!
¿Qué mas pudiera hacerse por buscalla
de aquello que habéis hecho por perdella?
Así que así no veis que sin tenella
andais con el acero y con la malla,
sin excusar trabajo de algún modo,
sino que le tenéis doblado en todo.

Pues si pasáis la misma pesadumbre
tan libres como siervos, gente dura,
¿no fuera más honor y más cordura
pasarla en libertad que en servidumbre?
¿No veis que un libre tiene dulcedumbre
para poder templar el amargura
del áspero trabajo más acerbo,
lo cual es imposible siendo siervo?

La natural poemática ¿no manda
que por la cara patria los mortales
padezcan todo género de males,
aunque hayan de morir en la demanda?
Mirad que cometéis maldad nefanda,
pues va contra las leyes naturales,
y que es monstruosidad tan gran flaqueza,
pues quita lo que da naturaleza.

"¿Paréceos que es más lícita la guerra
contra el pariente propio y el amigo
que con extraño y áspero enemigo,
tirano usurpador de vuestra tierra? .
Y si temor el ánimo os atierra
para seguir la causa que yo sigo,
temed morir mil veces con deshonra,
y no una vez que muero yo con honra.

Yo muero, casta vil, porque definiendo
la tierra que pisáis y os ha engendrado;
vosotros por haber degenerado,
(pensando que vivís), estáis muriendo;
envidia me tenéis a lo que entiendo,
yo lástima y pesar de vuestro estado,

y de que dejo carnes como aquestas
en suelo que tal gente sufre a cuestras."

Su justa increpación dejo con esto,
y todos los amigos que escuchaban
turbados y perplejos se miraban
tan solamente hablando por el gesto;
con que ceso el escarnio descompuesto,
y la confusa grita que le daban,
quedando a su decir enmudecidos,
y del vencido bárbaro vencidos.

Mil cosas en lo hondo de su pecho
sus rostros en el suelo revolvían,
que alzarlos al del indio no podían,
por ver lo bien que ha dicho y mal que han hecho;
hasta que ya, pasado poco trecho,
llegaron al paraje do venían
para que fuese el preso ajusticiado,
según la gravedad de su pecado.

En cumplimiento pues de lo que digo,
le sentenciaron luego los hispanos
en que se le cortasen ambas manos,
para terror y ejemplo al enemigo;
porque, temiendo el áspero castigo,
dejase de seguir intentos vanos,
y a trueque de no vérselas cortadas,
las manos a la paz viniese atadas.

En siendo pronunciada la sentencia,
no bien se las hubieron desatado,
cuando con ademán desenfadado,
una tras otra ofrece en competencia,
y sin indicio, rastro ni apariencia
de temeroso, triste ni turbado,
mas animoso, alegre y con sosiego
pide que se las corten luego, luego.

Encima de un tablón sentó la diestra
con tanta voluntad y leda cara
como si en la de alguno la sentara,
teniendo ya en el aire la siniestra;
y dijo así: "Cortad la muerte vuestra,
cortad las que las vidas os cortara,
que para mí es la gloria de este hecho,

como para vosotros el provecho."

Saltó del crudo golpe la derecha,
y con estar de vida ya privada,
quedó tan bien impuesta y enseñada,
que al rostro de un cristiano fue derecha;
mas poco del encuentro satisfecha,
se revolcó en la tierra ensangrentada,
adonde haciendo araños y señales,
la dio de sus espíritus vitales.

No se despide bien de su muñeca
sin sombra de dolor la diestra fuerte,
cuando la que es y fue siniestra en suerte,
lugar con la truncada mano trueca;
y cual si la tuviera el dueño seca,
o fuera de otro cuerpo de esa suerte,
recibe en ella el golpe tan sin miedo
cuanto con rostro firme y brazo quedo.

Y no tan presto vuela deslazada
del corporal arnés la fuerte pieza,
cuan presto baja el indio la cabeza
tendiendo la cerviz jamás domada;
y en el tablón de bruzas arrojada,
la tiene sin moverse en larga pieza,
diciendo: "Dadme aquí tercera herida;
veremos si a las tres va la vencida.

Meted el filo ya por ese cuello,
¿por qué dudáis, malditos, de segallo?
Pues todo el bien os viene de cortallo,
y todo el mal a mí de suspendello;
mirad vuestra ganancia en concedello,
que si miráis mi pérdida en negallo,
vuestra pasión es tal, rencor y enojo,
que por sacarme dos daréis un ojo.

No me entendéis. Pues digo de esta suerte
(quizá mi petición será admitida)
que por hacerme el mal de darme vida,
os quitaréis el bien de darme muerte;
mas si me dilatáis el trago fuerte,
por sólo ver si quiero su bebida,
¿qué prueba ni serial queréis más firme
de que la quiero yo, que no venirme?

¡Oh! si acabar conmigo yo pudiera
aborrecer la muerte aborrecible,
porque (según mi suerte) es infalible
que por el mismo caso me viniera;
¡oh si fingirlo licito me fuera!
mas esto, como esotro es imposible,
pues aunque más redunde en mi provecho,
no es para mí fingir cobarde pecho.

Yo juro al potentísimo Pillano
que si una mano sola poseyera,
nunca las vuestras débiles pidiera
que diesen a mi vida sacomano;
mas no dejarme alguna fue más sano,
si acaso pretendéis que nunca muera,
porque si no es mi mano la homicida,
¿qué mano me podrá quitar la vida?

Tales bravezas y otras les decía,
por sólo que los nuestros de escuchalle
viniesen irritados a matalle:
tanto el vivir amable aborrecía;
mas viendo ser inútil su porfía
y que con vida al fin querían dejalle
para que a todos fuese ejemplo vivo,
estuvo por un rato pensativo.

Mas luego se levanta de la tierra,
y puesto con desdén en pie derecho,
les dice: "Ahora sé que tenéis pecho
con que poder sufrirnos en la guerra,
pues ánimo y valor en él se encierra
para tan atrevido y raro hecho,
como es dejarme vivo y agraviado,
habiendo conocídomo y probado.

Debéis de sospechar que ya no puedo,
estando así, dañaros de algún modo;
pues mientras no me veis deshecho todo,
yo os digo que podéis tenerme miedo;
porque si no pudiere alzar el dedo,
alzar podré la voz y dar del codo,
y aunque me fallen manos, tengo mano
con el cabildo y cónclave araucano.

"Allá les voy a dar este mensaje,
y breve os volveré con la respuesta."
Sin mas decir, cual vira de ballesta,
se parte el contumaz de aquel paraje;
y lleno de ardentísimo coraje
a cielo, a tierra y piélagos denuesta,
mirándose los troncos desangrados,
que casi va comiéndose a bocados.

Aquí, señor, veréis abiertamente
si fue profeta el joven Orompello ,
y cómo no es de esencia para sello
tener la crisma y bálsamo en la frente;
que bien lo puede ser pagana gente,
pues testimonios hay en prueba dello,
si vale aquel tan célebre de aquellas
gentiles y proféticas doncellas.

Mas ¿para qué sin término metemos
la peligrosa hoz en mies ajena?
Allá lo trate el docto, enhorabuena,
y acá del crudo bárbaro tratemos;
aunque mejor será que lo dejemos,
y en tanto que desfoga tanta pena,
a Tucapel, si os place, nos volvamos,
que en el rumor del bosque lo dejamos.

En pie se puso intrépida Gualeva,
cebando (cual dijimos) el oído
en la vecina parte del ruido,
adonde su azorada vista ceba;
y si adelante el ánimo la lleva,
la vuelve el casto amor de su marido,
mas ella, que cumplir con ambos quiere,
espera firme allí lo que viniere.

Estando pues la dama en tal paraje,
alerta y puesta a punto la persona,
que representa a Venus y a Belona
al vivo, en la belleza y en el traje;
echó de sí rompiéndose el bosque
una feroz y rabida leona,
espumajosa, fiera y enojada,
las uñas y la boca ensangrentada.

La bárbara, que ve la sal vagina,
no teme, no se turba, no se corta,
mas todo lo posible se reporta,
enviando al corazón la sangre fina;
a tal sazón la estrella matutina
con sus alegres rayos la conorta,
y aún visto de Gualeva el traje y traza,
la juzga por la Diosa de la caza.

CANTO XIV

Esto revuelve y esto determina,
resuelta en que ninguno será parte
a que de su propósito se aparte
ni tuerza un paso el pie de do camina;
mas encubriendo aquel dolor y espina,
(aunque la penetró de parte a parte)
para ocasión mejor que la de ahora,
así responde al bárbaro Quidora:

“Apoyo de mi vida, bien entiendo
que piensas de mí frágil pecho blando,
que ya de haberte oído estoy temblando,
por ser de suyo el caso tan horrendo;
pues sábetete que he visto más durmiendo
que lo que tú pudiste ver velando,
y que es tu cuento extraño con el mío
como con todo el mar un solo río.

"Mas ya estarán los huéspedes cansados,
y es tiempo que Gualeva con su esposo
y tú, mi amado, rindas el reposo
los no rendidos miembros trabajados
estamos, dicen todos, tan cebados,
y cada cual por sí tan deseoso
de que nos cuentes ya tu rara historia,
que no hay de sueño gana ni memoria".

"Lo que pudiera ser inconveniente
fuera no haber, Quidora, tú dormido,
que de nosotros ten por entendido
ser el descanso oírte solamente;
y cuando no durmamos al presente,
haráse allá después de amanecido,

que ahora de la oscura noche fría
con tu presente luz haremos día."

Pues visto por la dama.su deseo
y como estan colgados todos della,
abrió para la voz la puerta bella,
que cerca del coral lo deja feo;
diciendo: "fuerza es ésta a lo que creo,
mas yo quiero de grado padecella,
si orejas me dais vos, y el cielo santo
favor, si darle puede para tanto".

Al mismo nuevo Apó, caudillo raro,
que (como me pintáis) vosotros vistes,
he visto yo también como pudistes,
y aún por ventura yo le vi más claro;
mas hay un punto sólo en que reparo
por donde conocerle no debistes,
y es darle verde edad vuestra pintura,
habiéndole yo visto en la madura.

Aunque (si no me engaño) en este instante
acabo de entender la causa dello,
que en mi revelación debí de vello,
según será, los tiempos adelante;
porque él estaba en reino bien distante,
habiendo deste ya domado el cuello,
de donde no sin causa conjeturo
que han sido mis visiones de futuro.

Virrey le vi del reino peruano,
siguiendo en gobernarle tal camino,
como si algún espíritu divino
en todo le llevara de la mano;
estaba aquel distrito tan ufano,
que desde el mar del Sur al ponto Euxino
su próspero contento se extendía,
y a más la clara voz de don García.

Donde antes que él viniese andaba todo
pestilencial, hambriento y miserable,
después que vino anduvo saludable,
el mal escasamente, el bien a rodo;
en lo desmoderado puso modo,
a lo que vacilaba, en ser estable,
y, al fin, tocar sus pies aquel terreno

fue deshacer lo malo con lo bueno.

El fue tras el invierno, primavera,
y tras oscura noche, claro día,
después de triste muerte yerta y fría,
alegre vida, fácil, placentera;
en pos de tempestad horrible y fiera
bonanza dulce y llena de alegría;
por secos arenales, fresco río,
y sobre mustias flores, el rocío.

Bien como cuando va por alta cima,
el claro sol por brújula saliendo,
que luego los nublados van huyendo,
con miedo que su lumbre les oprima;
así del propio modo vi yo en Lima
al refulgente Apó, que en pareciendo,
fueron las pestes, males y pecados
deshechos con su luz como nublados.

Los terremotos, antes temerarios,
soberbios edificios humillaban,
y los corruptos aires penetraban
causando efectos mil tras ordinarios:
en gruesa multitud los males varios
a costa de la tierra caminaban,
sin perdonar ninguno cosa alguna
de cuantos hay debajo de la luna.

Trataban al servicio de manera,
que siempre andaba en casa el dueño insano
con el rebenque y látigo en la mano,
mas áspero que cómitre en galera:
los miserables indios por doquiera
rodaban sanguinosos por el llano,
y a bien librar, por montes y por cerros
andaban garleando como perros.

Cesaron luego todos estos males,
y en cambio de los techos derribados,
del suelo al cielo fueron levantados
colegios, monasterios, hospitales;
los pobres beneméritos, leales,
eran en breve de él remunerados,
distribuyendo rentas y pensiones
por las humildes casas y rincones.

A todos alivió su grave carga,
y al indio en especial, difícil cosa,
redujo a vida próspera y sabrosa,
de muerte más que mísera y amarga;
entre ellos asentó con mano larga
un modo de vivienda gananciosa,
que a la delgada tierra en adelante
dejó de bienes gruesa y abundante.

Al fin lo puso todo en tal manera,
que presto pareció la mejoría
de lo que en otro tiempo ser solía,
a lo que ya con él entonces era,
parece por difícil que ello fuera
que todo al gusto suyo se medía,
y que con libertad su dura planta
hollaba a la fortuna la garganta.

Honrábale en común la ruda gente
con título de bien afortunado,
y en esto como vulgo andaba errado,
pues no es el ser dichoso ser prudente;
quien hace algún buen lance de repente,
no habiendo para hacerle pieza alzado,
se dice venturoso en buen romance,
mas no quien antes tuvo armado el lance.

Así, cuando al que digo vez alguna
en fin dichoso acaso le saliera,
sin que los medios únicos pusiera,
dijéramos causar su fortuna;
pero si cosa próspera ninguna
le sucedió mirándola de afuera,
sino poniendo el medio conveniente,
¿por qué ha de ser feliz y no prudente?

Pues cuando, como digo, todo estuvo
haciendo en punto música melosa,
y puesta ya en el suyo cada cosa,
adonde se extendiese más no tuvo;
tres años en tranquila paz mantuvo
al mar soberbio y tierra polvorosa,
sin que sobre éste polvo se hiciese
ni viento sobre aquél se removiese.

Mas yo no sé qué fue la causa dello,
que cuando estaba el cielo de su estado
más limpio, más sereno y espejado,
para mirarse en él y para verlo,
salió con presunción de escurecerlo
por donde no pensaban un nublado,
el cual según llevaba ya el camino
amenazaba recio torbellino.

Ora la causa fuese muchedumbre
de túrbida materia vaporosa,
que en la cabeza vaguida y temblosa
turbase a la razón su clara lumbre;
ora lo fuese el hábito y costumbre
de que se precia el mundo en cada cosa,
que es no tener sostén en cuantas tiene;
ora que nunca un bien tras otro viene;

Ora que su dichosa estrella quiso,
poniéndole en peligro semejante,
darle capaz materia y abundante
adonde echase el resto de su aviso;
y necesariamente fue preciso
para mostrar su pecho de diamante,
echando fuera el ánimo de dentro,
tal golpe, tal borrasca, tal encuentro.

En menos campo que éste no pudiera
tirar de su valor la barra grave,
y aun pienso, por el mucho que en él cabe,
que si le echara todo, no cupiera;
con todo, fue el negocio de manera,
que a no saber, yo os juro, lo que sabe,
causara tal pedrisco aquel nublado,
que hubiera ya perdiéndose el ganado.

En esto sí diremos fue dichoso
aquel gobernador por excelencia,
que tuvo quien le hiciese resistencia
para mostrar su brazo vigoroso;
y como a sol, su signo venturoso
le puso tal nublado en competencia,
a fin de que, teniendo a quien hiriese,
la fuerza de sus rayos descubriese.

Fue como los que venden atriaca,

que dejan de una víbora morderse
para que su fineza pueda verse,
pues luego el mal, toman dola, se aplaca;
así fortuna desta nube saca
que venga el claro sol a conocerse,
pues cuanto más de opaco hubiere en ella,
arguye más virtud el resolverla.

Por donde me parece, y no me engaño,
que fue su dicha causa de este hecho,
para que la ganancia y el provecho
corriesen con la pérdida y el daño;
indicio grande fue de amor extraño
ponerle su fortuna en tal estrecho,
sólo para que así desta manera
más claro se pudiese ver quien era.

Y no es en el varón pequeña gracia
hallar así ocasión en que arrojarse,
como por falta de ellas el quedarse
es en fogosos ánimos desgracia;
no descubriera el fuego su eficacia
faltándole materia en que cebarse,
ni fueran lo que son los araucanos,
si nunca hubieran sido los cristianos.

Así su fortaleza don Hurtado
ni su saber tan claro demostrara,
ni tanto su renombre levantara,
si no se hubiera Quito levantado;
allí pues era el túrbido nublado,
mas para que la historia vaya clara
y no trabaje nadie en percebilla,
quiero tomar de atrás la correndilla.

Soñaba pues, ¿qué digo? No soñaba,
mas verdaderamente así lo vía,
que cuando aquel insigne don García
de todo bien pacífico gozaba,
allá el remoto Quito se alteraba
sobre pagar lo justo que debía,
y por alzarse el mísero con ello
del yugo de su rey alzaba el cuello.

Mandaba el sumo Apó que se cobrase
por mil razones lícitas movido,

y estaba el cumplimiento cometido
a quien por él en Lima gobernase;
mas como largo tiempo se pasase
sin que se hubiese a términos traído,
porque ninguno a tanto se atrevía,
en práctica el que digo lo ponía.

Para éste se guardaba tal empresa,
dignísima de un ánimo y un pecho
que sólo por hallar un paso estrecho,
por infinitos anchos atraviesa;
los hechos más difíciles profesa,
y todo se le deben de derecho
como éste, que por serle tan debido,
por él y no por otro fue cumplido.

Mas antes que el Virrey ejecutase
la cedula real y mandamiento,
quiso para fundarlo más de asiento
que el grave caso en junta se tratase;
y como allí sobre ello se altercase,
hallóse de común consentimiento
ser cosa razonable y conveniente,
aunque era con algún inconveniente.

Sin esperar a más se pregonaban
en todo su distrito mil papeles,
por donde mucha copia de aranceles,
haciendo algún estrépito, marchaban;
los unos cuesta arriba lo tomaban,
más otros, que vasallos eran fieles,
anteponiendo el débito al trabajo,
rodaban, al cumplirlo, cuesta abajo.

Quién al común y público interese
el que es privado y propio prefería,
quién pliegues en la frente se hacía
porque su bolsa no lo deshiciese;
cuál, como de maduro seso fuese,
alegre aquella carga recibía,
y cuál mostraba, echándose con ella,
el poco suyo más que el peso delta.

Según en lo interior estaba el seno,
ahora firme, ahora vacilante,
se daba a conocer por el semblante

feroz, turbado, plácido y sereno;
mas otros a la lengua echado el freno,
¡Oh cosa tanto en estas importante!
Manifestaban una por la frente,
quedándose con otra diferente.

Es un profundo abismo de cordura
en tales ocasiones ser callado,
y estando el corazón alborotado,
fingir tranquila y mansa la figura;
el río mientras tiene más hondura
veréis que va más sesgo y sosegado,
disimulando, a causa de su fondo,
aquel raudal que lleva por lo hondo.

Algunos, con verdad o con mentira,
brotaban mil palabras descompuestas,
aunque después lloviéndolas a cuestras,
las llamas apagaban de su ira;
estaban otros muchos a la mira
en todas las demandas y repuestas,
que ni eran bien traidores, ni leales,
sino del tercio género, neutrales.

Mas todos, cual de fuerza, cual de grado,
cual de vergüenza pura, cual de miedo,
pasaban con buen ánimo y denuedo
el desabrido gusto del bocado;
y aunque por le tener tan estragado,
les era por entonces bien acedo
ver el provecho grande que hacía,
causaba ya menor el acedia.

Como era tanta pues la diligencia,
con que esto el visorey solicitaba;
ya el dos por ciento en Lima se cobraba
y en todo el territorio de su Audiencia.
Llevábanlo ya todos en paciencia,
mas quien ajeno de ella lo llevaba
mostraba del vil ánimo las heces,
y, al fin, llevábalo en dos veces.

Pues, como tengo dicho, dado caso
que la razón con muchos no valía,
el miedo tan a raya los tenía
que nadie osaba dar un solo paso;

porque según el ánimo era escaso
en dar al rey lo poco que pedía,
lo andaba en cometer sus desatinos,
que nunca son osados los mezquinos.

Si alguno allá consigo retirado
daba lugar a algún intento loco,
se le representaba luego el coco
y con semblante fiero don Hurtado;
que aún en su pensamiento asegurado
no le dejaba estar mucho ni poco:
tal es entre las otras esta ofensa,
que no hay seguridad en quien la piensa.

Así que, por temor o miramiento
de aquel segundo César Africano,
no solamente se iban a la mano,
mas (como tengo dicho) al pensamiento;
cortaba su furor y atrevimiento
tenerle (por su mal) tan a la mano,
que no era levantada bien la dellos
cuando la de él estaba ya sobre ellos.

Mas Quito, por estar tan apartado,
jamás imaginó que llegaría
el radiante sol de don García
a deshacer su túrbido nublado;
pero quedóse el mísero burlado,
pues cuando menos de ello se temía,
tan presto amaneció sobre su asiento,
que no le diera alcance el pensamiento.

Pues ya que en todo Lima y su distrito
en buen estado y punto estaba puesto
lo por el Rey Católico dispuesto,
soñé que su virrey lo enviaba a Quito;
y que por dar sabor al apetito,
(si hubiese desabridose con esto)
razones tan legítimas les daba,
que si ellos fueran de ella, les bastaba.

Mostráales por término discreto
y con palabras graves y amorosas
las causas necesarias y forzosas
que tuvo el grande Apo para el efeto;
y que era al fin tenerle más aceto

para el despacho bueno de sus cosas,
el aceptar de grado la presente
con limpia voluntad y llana frente;

Diciéndoles también que con hacello
en sí y en su interés cada uno hacía,
pues el hispano rey no lo quería
con fin de acrecentar sus propios dello;
mas para que la tierra y mar con ello
pudiese estar seguro de avería,
pues nadie, aún en su casa, lo estuviera,
si a costa del Católico no fuera.

Demás de que en razón estaba puesto,
(cuando esta no valiera como vale)
que diesen a su rey siquiera el vale,
habiéndoles él dado todo el resto;
de suerte que era lícito y honesto,
pues que del justo límite no sale
quien trata con el súbdito de modo
que pide alguna parte por su todo.

Rogábales con esto juntamente
mirasen el solícito cuidado,
que en todo lo demás habían mostrado
con pecho fino y ánimo obediente;
y como no era bien que lo presente
dejase de seguir a lo pasado,
mas antes pues caudal había bastante,
llevasen su buen crédito adelante.

Con un estilo y término tan bueno
¿qué bolsa tan de hierro no se abriera,
o quién tan corto de ánimo no diera
lo propio y, si era lícito, lo ajeno?
¿Qué potro no tomara bien el freno,
por mala y recia boca que tuviera,
si para que sabroso lo tascara,
con esta sal envuelto se le echara?

Oblígame por cierto a que me espante
que no tomasen bien aquel bocado,
por más que fuera tósigo y bocado,
con esta sal y salsa por delante;
mas toda la del mundo no es bastante
para salar un ánimo dañado

como lo estaban muchos antes desto,
aunque por ocasión tomaron esto.

Achaque sólo fue de aquella gente,
y una malicia llena de ignorancia,
que tan sin fundamento ni sustancia
quisiese alzar el bélico accidente;
ganar quisieron cetro llanamente,
mas yo no les arriendo la ganancia,
porque si de la sal no hicieron cuenta,
a fe que se les dio su salpimienta.

Llevadas ya las cédulas a Quito,
con cartas al cabildo y a la Audiencia,
que por su Majestad y Su Excelencia
para obligarles más se habían escrito,
soñé que del olor el pueblo ahíto,
aún antes de llegar a su presencia,
como tan mal estómago tenía,
lanzaba lo que dentro de él había.

Y dando penosísimas arcadas,
que aim referirlo a vómitos provoca,
su mal humor echaban por la boca,
a vuelta de parábolas preñadas;
y en conlaves y pláticas fundadas,
mostrando su intención dañada y loca,
trataban de que nadie permitiese
que tal imposición se recibiese.

La cual no solamente procuraban
que se contradijese dentro en Quito,
mas toda su diócesis y distrito
para el efecto mismo convocaban;
y aun a los otros pueblos despachaban,
queriéndolos meter en el garlito,
al Cuzco, a Chuquisaca y a los Reyes,
de su Virrey diciendo las mil leyes.

Y en especial pidiendo a cada una
que en tanto que apelasen para España,
en resistir se diesen buena maña,
aunque era la mejor hacerse a una;
mas cuando no bastase traza alguna,
por ello se pusiesen en campaña,
clamando libertad para hacello,

y no lo fue pequeña el pretendello.

A tal razón venidos los recados,
al removido y mal seguro asiento,
mandó la Real Audiencia en cumplimiento
que fuesen como fueron pregonados;
mas luego los del pueblo convocados,
con mucha libertad y atrevimiento
se fueron, ya dispuestos a violencia
con la suplicación ante la Audiencia.

La cual, habiendo visto la tormenta
y determinación de aquella gente,
puso silencio en ello cautamente
hasta que al Virrey se diese cuenta;
pues diósele diciendo cuan exenta
estaba la ciudad inobediente,
y cómo por entonces mal su grado
alzar la ejecución habían mandado.

"Que como la justicia aquel denuedo
y alborotado espíritu notase,
temiendo que su vara se quebrase,
le pareció tener el brazo quedo;
pues cuando aquesta tiembla y tiene miedo,
que es del sosiego público la base,
ya el edificio y fábrica se inclina
amenazando súbita ruina."

Contando iba el sueño así Quidora,
atentos los guerreros y pastores,
cuando con dulce son los ruiseñores
alegres nuevas daban de la aurora;
mas canten solos ellos, que yo ahora
quiero que se suspendan mis tenores,
porque será locura y desvarío
que suene con su canto el ronco mío.

CANTO XVI

Con esto dio la bárbara hermosa
remate, conclusión y finiquito
al cuento o cuentas frívolas de Quito,

que no debió de serle fácil cosa;
a mí me ha sido bien dificultosa,
por ser de cuanto falta y queda escrito
el reventón más áspero y fragoso,
estéril, intrincado y peligroso.

Talgueno, que de gozo en sí no cabe,
"la cosa, dice, en esto más extraña
es que saliese un hombre a pura maña
con hecho tan difícil cuanto grave;
ninguna es bien que tanto se le alabe
como el haber deshecho tal maraña
con mano tan sutil y tal estilo
que no se le quebrase un solo hilo.

¡Qué médico tan médico supera
hacer que una postema tan hinchada,
ya por algunas bocas reventada,
con bien de la salud se resolviera,
y sin que sangre o fuego interviniera
ni punta de lanceta ni lanzada,
quien la dejara limpia y tan vacía
de cuanta corrupción en sí tenía?

Con gran ventaja pienso yo que excede,
y no hay para qué en ello se litigue,
lo que por arte y maña se consigue,
a lo que la absoluta fuerza puede;
pues el saber del ánimo procede,
mas el vigor al cuerpo sólo sigue,
por donde tanto más la industria vale
cuanto es mejor la causa de do sale".

"Yo, dice Tucapel, no tomo en cuenta
las trazas ni los medios estudiados,
que se los dan los hombres asentados
mirando desde el puerto la tormenta;
que Arana se pusiese con cincuenta
al golpe de dos mil determinados,
no siendo en ayudarle Tucapelo,
eso es para asombrar a tierra y cielo.

Y para mí, más pienso que hacía
en esperar que el pérfido viniera,
que si saliendo acaso le rompiera
en parte que excusarlo no podía;

pues mucho más arguye de osadía
el que de intento al bravo toro espera,
que quien sin intentar ponerse al trance
hace necesitado algún buen lance.

¿Podrásme tú negar, Talgueno hermano,
quien hizo más, hablando Colocolo
o yo con toda España opuesto solo
cuando perdí dos dedos desta mano?
No hay para qué dudar lo que es tan llano,
porque será negar la luz de Apolo
querer que a los del coso se prefiera
el que mirando está de la barrera."

Cortó Quiroda en esto la contienda,
por excusar la réplica del dueño,
diciéndoles: "Aún falta de mi sueño
la cosa más terrible y estupenda,
por quien será mejor que se suspenda
el auditorio, en número pequeño,
y no por disputar en vano ahora
si la cabeza al brazo se mejora.

"Aunque es tan misteriosa y tan oscura,
que no sé yo quién pueda percebilla,
pero diré yo el sueño con decilla,
y diga quien pudiere la soltura;
de mi será mostraros la figura,
que, yo fiadora, os cause maravilla,
y del que fuere en sueños más cursado
decir a los demás lo figurado.

"Por una gruta negra y espantosa
adonde luz escasa parecía,
un drago ferocísimo salía
lanzándose en el mar con sed rabiosa;
y una dañina banda codiciosa
de voladores grifos le seguía,
que reparando el sordo y raudo vuelo,
sacaban rica presa de este suelo.

"Mas cuando se tornaba ya gozoso
el drago con el hurto y presa nueva,
salió tras él bramando de una cueva
un bravo león de cuello vedijoso,
que contra el mar y viento proceloso

iba de su vigor haciendo prueba,
hasta que ya, cogiéndole en sus brazos,
al ávido dragón hacia pedazos.

"Yo, que de la verdad mi compañera,
saber que fuese aquello deseaba,
del sueño a vuestras voces despertaba
quedándome ignorante de que era;
no sé en el mundo cosa que no diera
a trueque de entender lo que soñaba,
si no es haber hallado a mi Talgueno;
dar todo lo demás daré por bueno."

Lo mismo el auditorio suspendido
estaba allí, señor, significando,
al tiempo que de súbito ladrando
un perro del pastor entró herido;
que por entre los bárbaros metido,
y su dolor por señas declarando,
no viendo en todos ellos la que busca,
se parte a la recámara en su busca.

Guemápu que lo ve, se altera tanto,
y los presentes huéspedes de vello,
que saltan luego a ver lo que es aquello,
cesando de la plática entre tanto;
donde podrá también cesar mi canto,
pues ultra de faltarme ya el resuello,
mientras hubiere tráfago y ruido
no puede ser el canto bien oído.

CANTO XVII

Do falta variedad con frasis llano
cualquier compostura desagrada,
que el obligado vale solo enfada,
si no se mezcla el resto a cada mano;
si por quebradas vais, queréis un llano,
y si por mucho llano una quebrada,
por dar en rostro un modo de camino,
y aún el faisán comiéndose contino.

Si todo fuera Chile ensangrentado,
o turbación y estrépito de Quito,

o fábulas de amor, fuera infinito
un duro estilo y método cansado,
mas ir de todo junto entreverado,
engaña y entretiene al apetito,
que el blanco de su gusto tiene puesto,
(cual dicen) en picar de aquello y desto.

Pues yo que voy siguiendo historia larga,
si nunca me apartase de un sendero,
¡qué cuerpo bruto, qué ánimo de acero
pudiera tolerar tan grave carga?
¡Que como la verdad desnuda amarga
si no la viste el blando lisonjero,
así cualquiera historia sale fea
si con la variedad no se hermosea.

Y no hay para que nadie diga que ésta
en escritura auténtica no cabe
porque su autoridad se menoscabe,
o porque en opinión la deje puesta;
pues va más adornada y más compuesta
la dama cuando tiene más de grave,
que sin adorno falta el aire y brío,
y la materia en carnes tiene frío.

No faltaran primeras intenciones
que juzguen esta traza no por buena,
mas esto no me da ninguna pena,
pues bien sé yo que en todo hay opiniones
y más diversidad de condiciones
que granos en el médano de arena,
y que éstos aún es fácil que se cuenten,
respeto de que aquéllas se contenten.

Yo quise, sin que nadie me llevara,
echar por esta parte mi carrera,
y sé que así lo mismo fuera
cuando por otro rumbo navegara;
mas ya me vuelvo a Chile, patria cara,
que ha mucho que salí de su ribera,
andando vagaroso y peregrino
por mal abierto y áspero camino.

Sosiego Quito y salten los pastores
de ver en su mastín la llaga cruda,
porque es la historia llana imagen muda,

que habla si la pintan de colores;
y porque para tantos mordedores
es menester un perro, y aún de ayuda,
y recogerse el hombre a las majadas,
huyendo de su corte y navajadas.

Aquí, (señor), me pienso estar un rato,
por ver en lo que para el alboroto,
que a sitio tan pacífico y remoto
no deja de llegar algún rebato;
visto el pastor la guarda de su hato,
entrar corriendo sangre, un muslo roto,
airado salta y sale del pajizo
para dañar al que este daño hizo.

Mas ven que viene un indio de corrida,
parece que en alcance del resuello,
la cara polvorosa y el cabello,
más triste que un amante de partida;
con su listada manta retorcida,
atravesada al cuerpo desde el cuello,
y de sudor brotando gruesas gotas,
que corren de la frente a las ojotas.

Carcaj de piel de tigre variado,
que las plumosas flechas encerraba,
de los robustos hombros le colgaba,
sonando ya de aquel, ya de este lado;
y el arco más que grana colorado,
que la nervosa cuerda sujetaba,
a quien su dueño sólo daba vuelo
para clavar las jaras en el cielo.

De esta manera el bárbaro venía,
y a medio trote, paso de esta gente,
al cual caminan todos largamente
tres veces cuatro leguas en un día;
Talgueno conocerle ya quería,
mas, porque le estorbaba el sol de frente,
la mano (como suelen) puso en ella,
para favorecer la vista della.

Reconoció mirando, y satisfecho
de que era Pilcotur, su primo hermano,
desarrimó la frente de la mano,
y dióse un golpe súbito en el pecho;

tras esto, adelantándose algún trecho,
se parte a recibir al araucano,
que luego fue de todos conocido
y con solemne aplauso recibido.

Mas él, maravillado, se traspuso
de ver al que juzgado había por muerto
ya surto en el vital y dulce puerto,
sin que supiese cómo allí se puso;
y no quedó Talguen menos confuso
de haber en tal paraje descubierto,
sin entender el fin a que venía
el que de sus parientes más quería.

En esto ya en la casa de occidente
molduras de oro fino se labraban,
que con su resplandor manifestaban
querer entrar en ella el sol fulgente;
el cual sus ojos puestos en oriente,
que solos sobre el agua le quedaban,
y haciéndole un humilde acatamiento,
se retiraba al húmedo aposento.

Apenas hubo puestose Timbrco,
cuando la madre triste de Megera
echó con libertad el cuerpo fuera,
que tuvo en su depósito Nereo;
y en prendas o serial de su trofeo
enarboló su lóbreaga bandera,
a cuya sombra está la compañía,
que por su mal obrar desama el día.

Recógense a la choza todos luego,
adonde refiriendo a lo que viene
el mensajero, atónitos los tiene,
y helados, aunque estaban junto al fuego;
espántanse de oír tan duro juego
y la sangrienta lucha tan solene,
que así manchó de almagre el atavío
y venerables canas de Biobío.

"Tres horas, dice el indio, peleamos,
con suspensión igual de la fortuna,
hasta que de la próxima laguna,
ya faltos de vigor nos abrigamos;
do tanto los alientos refrescamos,

que sin poder valerle fuerza alguna,
al español ufano retrujimos,
y por sus pabellones le metimos.

"Mas luego por el mucho esfuerzo y maña
que el belicoso joven supo darse,
el campo nuestro vino a retirarse,
perdiendo parte de él con la campaña;
y aunque ésta al fin quedó por los de España,
bien poco les quedó de qué alabarse,
pues de vencer llevaron sólo el nombre,
dejando mucha sangre con un hombre.

"Con todo, fueron pérdidas dispares,
pues tanto les creció la fuerza y bríos,
que si ellos de la suya hicieron ríos,
nosotros de la nuestra hicimos mares;
por donde ya sin almas, a millares
andaban sobre agudos cuerpos fríos,
bebiendo cuanta sangre allí podían,
según la sed que de ella padecían.

"Allí rindió Mancon al duro hado,
su espíritu y valor jamás rendido,
allí, sin que pudiera ser valido,
quedó del suyo Guépoco privado;
¡oh triste sol infausto y desdichado,
que viste allí un estrago tan crecido,
y más infausto yo, pues gozo aliento,
estándome la muerte mas a cuento!

"Si entre ellos me diera el cielo esquivo,
¡oh cómo para mí se hubiera abierto!
No porque yo quisiera, siendo muerto,
salir de cuanto mal padezco vivo,
pues esta ya no fuera buen motivo
a un hombre en las desdichas tan experto,
sino porque siguiéndoles en muerte,
participara yo su buena suerte.

"Si viérades, indómitos guerreros,
los daños que yo vi ¡nunca los viera!
aunque ninguno fue de tal manera
como no ver allí vuestros aceros;
pues nunca, si pudiera entonces veros,
Arauco a tales términos viniera,

ni usaran de sus pies los araucanos,
teniendo de la suya vuestras manos.

"¿A dónde, oh cómo habéis estado ausentes,
gastando en ocio tanta valentía,
sin ver las fieras muertes de aquel día,
libradas en amigos y parientes?
en cargo sois, ¡oh pechos eminentes!
a vuestro grande esfuerzo y osadía,
el interés y gloria que ganara,
si a tanto mal presente se hallara.

"Mas aunque muchas cosas hubo, amigos,
con que moverse un áspide pudiera,
dejadas todas juntas, yo quisiera
que de una sola fuérades testigos;
fue tal, que aun a los propios enemigos,
helada ya la cólera doliera,
pues mientras que la herida está caliente,
aun el que la recibe no la siente.

"El caso fue, mas es tan duro el caso,
que dudo si podré tener aliento
con que llegar al fin de lo que intento
primero que el dolor me corte el paso;
pues yo no soy cortado del Caucasos,
ni recibí de tigres alimento,
para que no desmaye en el camino
de tus fragosidades, Galbarino.

"Mas yo las pasaré ligeramente,
por más que con razón te ofendas dello,
templándome el pesar que siento en ello
la causa del placer que está presente;
pues como el triste a vueltas de otra gente
a dura sujeción rindiese el cuello,
sólo por ser la vida a su desgrado,
fue sólo de la muerte reservado.

"Envióle del ganado alojamiento
el español sin manos a su tierra,
a fin de que ella toda y cuanto encierra
viniese de temor a rendimiento;
y cuando en general ayuntamiento
trabábamos las cosas de la guerra,
contándole por muerto con los otros,

el mísero arribó sobre nosotros.

"Entró de la manera que venía
al tiempo que en el ínclito Senado,
sobre seguir o darse a don Hurtado.
Muchos y varios plácitos había;
mas aunque parte de él contradecía
lo que es rendir el cuello no domado,
los más, mirando el público interese,
eran de parecer que se rindiese.

"Estando la consulta en este punto,
he aquí que Galbarino se presenta
con sola media túnica sangrienta,
sangriento el rostro, cárdeno y difunto;
donde (sin alcanzalle el huelgo) junto
con una voz cansada y tremulenta,
echó del seno a fuera los troncones,
y a vueltas de la sangre estas razones:

"Si tal injuria y término inhumano
contra mi honor privado sólo fuera,
y ser común a todos no entendiera,
como lo entiende el impío y crudo hispano;
antes (invicto cónclave araucano)
allá en el centro oscuro me escondiera,
que haceros de mi acerbo mal testigos,
por no vengar con él mis enemigos.

"Mas como en mí el tirano poderío
quiere agraviar a todo Arauco junto,
porque pongáis la mira en vuestro punto,
no repare en quitarla yo del mío;
que si como de vuestras manos fío,
tornáis el daño de éstas por asunto
para querer vengaros y vengarme,
de todo habré venido a desquitarme.

""Ejemplo os dan en mí de cruda pena,
y muestra de rigor en lo que os muestro,
enviándome a que os sirva de maestro
por quien sepáis venir a la melena:
no viendo que aunque soy cabeza ajena,
soy miembro principal del cuerpo vuestro,
y no corrupto, inútil ni dañado,
para que mereciera ser cortado.

"Mirad en el estado que me ha puesto
ponerme a la defensa del Estado,
pues yo me estoy cayendo de mi estado
por sólo que él no caiga de su puesto;
y bien pudiera yo excusarme desto
si me quisiera dar por excusado,
porque con mucho menos que hiciera,
a todos, y aún a mí, satisficiera.

"Mas nunca se le puso por delante
su bien particular a Galbarino,
del vuestro, sí, que tuvo de continuo
acompañado el ánimo y semblante;
pues con torcer su brazo algún instante,
nunca viniera el triste a lo que vino,
pero (mirando a vos) por no torcello,
entrambas manos dio y aún daba el cuello.

"Yo puse el pecho al agua y aun al lodo
por sólo el bien que a todos se endereza,
yo por guardar del golpe a mi cabeza
le recibí en las manos de este modo;
yo he vuelto como parte, por mi todo,
hasta dejar partirme pieza a pieza:
mirad si es bien que ahora de su parte
el mismo todo vuelva por su parte.

"Mas si esto no queréis tomar en cuenta,
fingidme un hombre extraño aquí venido,
por vuestra fama y nombre conducido,
para que me venguéis de tal afrenta;
mirad lo que delante se os presenta,
mirad mi faz, mi cuerpo y mi vestido,
mirad aquí mis brazos destroncados,
y como troncos fértiles podados.

"Poned ante los ojos la nobleza
por vuestros antegénitos ganada,
y tanto de vosotros sustentada,
que aun añadisteis codos a su alteza;
y no vengáis ahora a tal bajeza,
cual es dejar su sangre deslustrada,
si no laváis las manchas de la mía,
con sólo no mostrar la vuestra fría.

"Por cuanto sufriréis que España diga,
y que de vos el nuevo Apó discante,
que si antes del Arauco fue un gigante,
Ahora después de él es una hormiga;
¿qué veis en él de nuevo? ¿Qué os obliga
a no llevar el crédito adelante?
Pues no son más sus fuerzas a lo menos,
si vuestras voluntades no son menos.

"Y si ello fuere así (que nunca sea)
en vano hicisteis obras hazañosas,
pues sirven de que siendo tan hermosas,
descubran más las faltas de la fea;
y hacéis que de vosotros no se crea
haber llegado al fin tan grandes cosas,
porque por una mala, justamente
las buenas son de dueño diferente.

"Pesad con vuestro peso lo que digo,
antes que algún pesar pueda causaros;
mas de esto lo que más debe irritaros,
para vengar la injuria del amigo,
es que imagine el áspero enemigo
que por temor y mal ha de llevaros,
y que como a los niños con asombros
la carga ha de ponerlos en los hombros.

"¿De vos ha de tener el vil cristiano
reputación tan soez y tan ratera?
¿Quién ¡ah! pensara (oh cielo) que viniera
a tanta baja el crédito araucano?
A no me haber ganado por la mano
la de esta cruda gente carnicera,
yo mismo, porque tal no imaginara,
allí delante de él me las cortara.

"¿Pensáis que haberme enviado de este modo
a diferente blanco se endereza,
sino a que escarmentéis en mi cabeza
y a que vengáis de puro miedo en todo?
¿Pues sufriréis que os ponga tan de lodo
un mozo que a nacer ahora empieza,
y que por dos batallas que ha vencido
se trate entre vosotros de partido?

"¿No veis que la fortuna compelida
de su mudable pérvida costumbre
los quiere encaramar allá en su cumbre
para que den allí mayor caída;
y que les queda poco ya de vida,
pues lanzan tan de golpe tanta lumbre
como la vela que echa llamaradas
estando en las postreras boqueadas?

"Y en los haber así favorecido
nos hace la fortuna mil favores,
pues por haceros altos vencedores
os pone con las nubes al vencido;
¿qué gloria, me decid, hubiera sido
vencerlos, si en valor fueran menores?
O ¿cómo se ha de ver el desta diestra
si el hado no se pasa a la siniestra?

"Pues entender, gravísimos varones,
que vienen estos falsos con intento
de propagar su ley o sacramento,
es engañar los propios corazones;
pues si ella es buena fe, tendrá razones
con que convenza nuestro entendimiento,
y no querrá mover las voluntades
con estas insolencias y crueldades.

"Porque es un manifiesto desvarío,
que más nuestro derecho y causa esfuerza,
querer que se reciba a pura fuerza
aquello que consiste en albedrío;
y si algo vale en esto el voto mío,
vuestro robusto brazo no se tuerza
por entender que al blanco blanco miran,
pues no es sino amarillo adonde tiran.

"Este es adonde libran su tesoro,
y no en librar las almas de pecado;
por este de sus venas se han sangrado:
tanto con ellos pueden las del oro;
por éste, mas que el turco, inglés y moro,
sulca la tierra y mar bautizado,
por esta negara sus padres mismos,
y bajara por éste a los abismos.

"Por éste y no por más nos hace guerra,

y si la paz pretende que le demos
es sólo porque de éste le saquemos,
abriendo las entrañas de la tierra;
por éste con castigos nos atierra,
por éste, que es su fin, usa de extremes,
y por tener sus manos deste llenas
mirad lo que secuta en las ajenas.

CANTO XIX

Si por algún camino sospechara
que era, señor, tan áspero el que sigo,
(no sé si voy errado en lo que digo)
aun dudo si por vos lo comenzara;
mas como descubrió tan buena cara,
semblante grato, plácido y amigo,
imaginé (engañándome) que fuera
conforme lo de dentro a lo de fuera.

Entré por valles, prados y florestas,
como la misma palma de la mano,
mas presto se acabó el camino llano,
y comencé a trepar por agrias cuestas;
causólo que me eché la carga a cuestas,
sin atentarla en una y otra mano,
mas buena me la dan por este yerro,
pues dan do de ellas voy de cerro en cerro.

Y si de la fragosa tierra esquiva
al hondo mar me fui, por más atajo
el agua de él me da mayor trabajo,
pues sufro, ya la muerta, ya la viva,
ahora proejando costa arriba,
ahora arrebatado costa abajo,
tal vez con desgarrón, tal vez sin viento.
el frágil botiquín de mi talento.

Ya doy con él en una yerta roca
de rígido sujeto, duro y frío,
ya encallo al mejor tiempo en un bajío
cuando hay materia buena pero poca;
ya cuando el viento del caudal se apoca,
en congojosa calma estoy baldío,
ya si la tempestad de cosas carga,

alijo muchas buenas de la carga.

Mas estos infortunios y contrastes
espero que han de serme allá en el puerto,
volviendo la memoria al mar desierto,
lo que en la dulce lira son los trastes;
que si como al principio me llevastes
(con alentar mi voz) por campo abierto,
no me dejáis al fin, claro Mecenas,
galernos me vendrán a manos llenas.

Y si por falta de él quedó mi nave
sin ir en seguimiento de la armada,
suspensa el alta mar atravesada,
por alijar cansancio, peso grave;
ahora volará con alas de ave,
en fe de vuestro espíritu llevada,
tan zafa, tan bovante y tan ligera,
que a todos lleve ya la delantera.

Sulcando van el mar a popa vía
las poderosas naves en conserva,
no viendo ya las flores ni la yerba
que nuestra generosa madre cría;
sólo se ve la blanca sierra fría,
por ser de cumbre altísima, superba;
mas tan opaca, lóbrega y nublosa,
que más parece nubes que otra cosa.

Quisiéronse enmarar por más acierto,
para si se enmarase el enemigo,
tenerle ya cerrado este postigo,
que era, para escaparse, el más abierto;
y si viniese ya de puerto en puerto,
estaban avisados, como digo,
de suerte que al Virrey la nueva dada,
se la llevasen luego a nuestra armada.

Mediante pues estar tan prevenido
y haber en todo tal correspondencia,
tuvo un aviso luego su Excelencia,
después que don Beltrán hubo partido,
de cómo había el cosario parecido
mostrando sobre Arica su potencia,
que no era de un bajel ni vela sola,
sino de tres, y más una ventola.

Adonde juntamente había tornado,
sobre lo que de Chile se traía,
un barco de un arraez, en que venía
gran suma y diferencias de pescado;
y el dueño de él, habiéndose librado,
fue el mismo que avisó de lo que había,
a quien, porque informase más de cierto,
enviaron los que mandan aquel puerto.

Por esta relación quedo creído
que el descubrir Aquines vela tanta
es por haber hallado su almiranta,
que en Chile dijo habérselo perdido;
mas el Marqués a todo apercebido,
no de saber el número se espanta,
antes le nace de ello gusto y gloria,
por ser en más honor de la victoria.

Acude con solícita presteza,
a luego prevenirse y guamecerse,
y siempre más y más fortalecerse
de toda guarnición y fortaleza;
y aunque gastaba en esto con largueza,
de tal manera en ello supo haberse,
que no hizo gasto al rey sino tasado,
con atención de verle tan gastado.

Si preguntáis que cómo fue posible
gastar al rey tan poco haciendo tanto,
responderé que yo también me espanto,
mas puédese tener por infalible;
que yo no sé decirlo, aunque es decible,
pues no cualquiera dicho cabe en canto;
sólo habré deciros en sentencia
que tiene para todo la prudencia.

Por ésta, pues, que en él ha sido suma,
apercebí segunda vez armada,
la cual en menos tiempo fue aprestada
del que en decirlo gasto con la pluma;
y para no gastarle, digo en suma
que así como la nueva le fue dada,
se vio otra vez cubierta la marina
de gente brava y máquina broncina.

Con ésta pertrechó la galizabra,
hecha por orden suya en este asiento
y un bergantín, que en él está de asiento
con otro galeón como una zabra;
correspondiendo la obra a su palabra,
y su palabra y obra al pensamiento,
de suerte, que era dicho y aún obrado
casi con la presteza que pensado.

Previénese lo dicho para guarda
de treinta o más patajes y navíos,
de bélica defensa tan vacíos,
que los rindiera un tiro de bombardas;
y porque si el inglés audaz no aguarda,
temiendo del católico los bríos,
le puedan ir siguiendo en el instante
antes de haber pasádose adelante.

Demás de que si arriba nuestra armada
(suceso casual y contingente)
desnuda del reparo conveniente,
será con esto en breve reparada,
para que así prosiga su jornada,
sin rebalsar un punto la corriente,
hasta volcar en ella al enemigo,
haciendo por llevársele consigo.

Despuéblase por esto el pueblo todo,
poblándose de gente la ribera,
y andan la costa arriba y por doquiera
los prevenidos órdenes a rodo;
pues como fue el cuidado en este modo,
fue la corresponsión de tal manera,
que apenas el britano parecía
cuando por cada puerto se sabía.

Que luego iba la voz de mano en mano
con fuegos, avisando en cada parte,
por do jamás el pérfido Richarte
a tierra osó salir del mar insano;
temióse, con razón, de armada mano,
reconociendo fuerza y baluarte,
y gente de a caballo por la playa,
que es la que a los cosarios más desmaya.

Así que sin poder dañar, forzado

se vino prosiguiendo su viaje,
hasta llegar a Chíncha, que es paraje
de Lima treinta leguas apartado;
mas dando aviso desto a don Hurtado,
al punto despachó con el mensaje
un volador chinchorro a nuestra armada
para que fuese a Chíncha enderezada.

Ya Febo doce veces en oriente
su luminosa faz mostrando había,
y armado la noturna sombra fría,
su negro pabellón sobre el tridente;
sin que del enemigo nuestra gente
supiera por alguna suerte o vía,
causa para sus ánimos penosa,
y más sentida entonces que otra cosa.

Por donde luego en dándoles la nueva,
fue tan crecido el júbilo y tan lleno,
que todo no cupiera en otro seno,
sino es en él capaz del de la Cueva;
el cual, torciendo el rumbo que ora lleva,
la vuelta va del término terreno,
de donde estaba entonces desviado,
por ir (como dijimos) engolfado.

Privaba ya la negra noche fría
de su jurisdicción al claro viso,
cuando llegó a las naves el aviso
y a tierra don Beltrán tomó la vía;
mas al esclarecer del blanco día,
antes de haber el rústico de Anfriso
al mar su greña de oro descubierto,
se descubrió Richarte sobre el puerto.

Fue vista de él primero nuestra armada,
mas no con tan agudo movimiento
el temeroso gamo corta el viento
en viendo al cazador que está en celada,
cuan presto comenzó la vuelta dada
Aquines a virar a barvolento,
y aquel de Castro a dar de las espuelas
cargando por ganársele de velas.

Ganárale sin genero de duda,
por que se le iba aprisa ya ganando,

si le durara más el tiempo blando
que respiraba entonces en su ayuda;
mas como luego el prospero se muda,
a la mejor sazón se fue mudando,
y haciéndose, de manso tiempo afable,
un recio temporal intolerable.

Ya no llevaba más el protestante
de su ligera lancha y nao altiva,
porque las otras dos que dije arriba,
de Aricano pasaron adelante;
que visto ser su carga no importante,
y que para el camino por do iba
habían de ser forzoso inconveniente,
le pareció dejarlas cautamente.

Al un pataj mando meter a fuego,
el cual de Chile sólo había sacado,
y al otro, que topó en el mar salado
usando de piedad, largóle luego;
mas del batel, ganado en aquel juego
donde hizo la ganancia del pescado,
formó la suelta lancha el enemigo,
que ahora lleva rápido consigo.

El ínclito Beltrán le va siguiendo,
por más que el mar hinchado se levanta
y el desbocado viento se adelanta
sin orden y con ímpetu corriendo;
hasta que ya de término saliendo,
su furia más que indómita fue tanta,
que rotas las riendas, freno y todo,
se desapoderó de todo en todo.

La capitana rompe el masteleo,
quedándose la gavia mal segura,
y luego va tras él la ovencadura,
que deja al árbol flaco, mocho y feo;
el cual, rendido ya, sobre Nereo
con gran vaivén arroja su estatura
haciendo que una nave tan ligera
se quede reparada en su carrera.

El galeón San Juan, que ya venía
al de Bretaña más vecino y junto,
se desaparejó de todo punto,

dejando a su pesar lo que seguía;
vinieron a la mar de romanía
los árboles y velas todo junto,
de suerte que la fuerza de fortuna
no le dejó siquiera con alguna.

Descuéllase de modo la tormenta,
que ya se pone en quintas con el cielo,
queriéndole cubrir de oscuro velo
más denso que en la noche turbulenta;
el piélagos de tímido revienta,
y con ventosas alas sube en vuelo,
llevándose la nao para que tope
en el sidéreo techo con el tope.

Roncando se alza arriba el mar ondoso,
y abajo están hirviendo sus arenas;
escondedse tritones y sirenas
allá en lo más oculto y cavernoso;
al arreciar de Boreas proceloso,
rechinan jarcias, gúmenas, entenas,
y cada golpe o súbita grupada
da muestras de querer tragar la armada.

Eterno Dios, ¿no está de vuestro dedo
esta globosa máquina pendiente?
y el bramador del húmedo tridente,
¿a vuestra voz no está callado y quedo?
¿No está el abismo trémulo de miedo
rendido a vuestro brazo omnipotente?
¿No sois el contador de las estrellas,
y el que sabéis nombrar a todas ellas?

¿No sois el que dejáis con vuestro palmo
al ancho mar Océano medido
y aquel en cuya palma sostenido,
el orbe todo está, según el salmo?
Pues, ¿cómo, justo Dios, benigno y almo,
si veis al mar furioso y removido,
disimuláis con él de tal manera
como si vuestro súbdito no fuera?

Ya vemos que por vos en esa playa,
viniendo con tal ímpetu le enfrena
un freno baladí de flaca arena,
que a todo su pesar le tiene a raya;

y para que de boca no se vaya,
no quiere más apremio ni otra pena
que vuestro eficacísimo preceto,
al cual está doméstico y sujeto.

.....

La cual por estribor la vuelta dada
y habiendo de un picazo atravesado
desde su bordo al nuestro un buen soldado
que quiso abalanzarse a la pasada;
pasó con una furia acelerada
cosida bordo a bordo y lado a lado,
hasta que echando fuera cuerpo y punta,
su popa con la nuestra quedó junta.

Aquí con sobra de animo Richarte,
queriendo quebrantar el del cristiano,
él mismo por las suyas le echa mano,
valiéndose de un lazo, al estandarte;
pero don Diego de Ávila, que Marte
aún no le sacara de la mano,
supo con otros cinco defendello
de suerte que el inglés salió de dello.

Están a su defensa Juan Manrique
don Juan Velásquez, Pedro de Reynalte,
por quienes no hay recelo de que falte,
aunque las vidas tengan tan a pique;
y menos faltara por Juan Enrique,
como la fiera muerte no le asalte,
ni por Mondéjar, mozo de buen brío,
hasta quedar de espíritu vacío.

En esto hay opiniones (cosa dura)
y cáusalo haber sido el hecho bravo,
porque otros lo atribuyen a algún cabo
que se trabó del asta por ventura;
mas la que tengo yo por más segura
es que ninguna de ellas da en el clavo,
y pues de vista nadie fue testigo,
concédase al valor del enemigo.

Fuera de que ninguno niega en ello,
que padeciese fuerza el estandarte,
y que esto fue en el tiempo que Richarte

sacó de un arcabuz herido el cuello;
y aún porque se alabase menos dello,
un fiero pedreñal por otra parte
a la misma sazón le dio en un brazo,
dejándole sin carne gran pedazo.

Mas él con una bala suya gruesa
que entró por la toldilla de la ropa,
rompiendo cuantas astas allí topa,
con ellas ambos bordos atraviesa;
pero sin que dejase cosa lesa,
habiendo allí de gente mucha tropa,
y fue milagro viendo cómo vino,
el no llevarlos todos de camino.

Otra metió de punta diamantina
por el amura de babor tan brava,
que mata un artillero donde estaba
cargando una disforme culebrina;
y con la misma furia se encamina
derecha al infeliz que la zallaba,
llevándose el quemado cuerpo en vuelo
y haciéndole volar el alma al cielo.

Pasa por otro, y llévale al soslayo
la piel de todo el vientre de manera,
que parte de lo interno le echa fuera
el contrahecho, ardiente y vivo rayo;
mas no sintiendo desto más desmayo
que si por otro el daño sucediera,
el propio sin ayuda de vecinos
recoge sus calientes intestinos.

Y habiendo ya ligádose la herida
con apretarse en ella una toalla,
vuelve Encinal tan recia la batalla
como si aquello fuera darle vida;
do luego, sin que nadie se lo pida,
la ya cargada pieza impele y zalla,
cumpliendo con su oficio tan entero
que nadie le llevó el lugar primero.

Aguirre, natural de Guipúzcoa,
y digno capitán de artillería,
por una y otra banda discurría
corriendo sin parar de popa a proa:

Merece el cantabrés eterna loa,
pues fuera del fervor con que regía
siempre los tiros hechos por su mano,
fueron los más dañosos al britano.

Al cargo de la pólvora preside
(como persona a tanto suficiente)
Hormero, con Cherinos juntamente,
cuyo trabajo esquivo no se mide;
que como ponen todo aquel que pide
su ministerio y la ocasión presente,
y juntas ambas cosas piden tanto,
es fuerza que trabajen con espanto.

Pues por el gran cuidado y la presteza
que en estos y en los otros se hallaba,
Richarte a su despecho mitigaba
el desigual ardor de su fiereza;
aunque sacando fuerzas de flaqueza,
a más perder más ánimo mostraba,
y como ya picado en este juego,
brotaba por su rostro vivo fuego.

Entre su gente encima de cubierta,
a los contrarios tiros descubierta,
y de su misma sangre ya cubierto,
los mueve, los anima, los despierta;
promételes tener vitoria cierta,
aunque de lo contrario está más cierto,
mas sábelo encubrir con el semblante
para que siempre vayan adelante.

El claro don Beltrán por otra parte
enhiesto, firme, grave y levantado,
descubre aquel valor aventajado
que el cielo francamente le reparte;
y en cambio de la túnica de Marte,
de sólo natural esfuerzo armado,
parece imagen de él sacada al vivo,
de que está preciando el Dios altivo.

Solícito a su banda solícita,
al falto ya de espíritu conforta,
al sin sazón colérico reporta,
al que parece inhábil habilita;
lo más dificultoso facilita,

y estando todo en todo lo que importa,
de su persona da tan buen descargo,
que colma las medidas de su cargo.

Con esto crece tanto la osadía
de nuestro generoso bando amigo,
y tanta prisa dan al enemigo,
que sin poder sufrirlo se desvía;
mas cuando imagina que ya tenía
fuera de nuestra popa algún abrigo,
ve cerca al Almirante, y en su talle
los filos con que viene de abordalle.

Bien que se ve al apóstata deshecho;
pero su presunción soberbia es tanta,
que para recibirle se adelanta,
poniendo sin temor al agua el pecho;
mas el que de cerrado y tan estrecho
apenas halla paso a la garganta,
justo será suspenda libro y canto,
que un libro y una voz no pueden tanto.

Es fuerza y fuerza grande que se quede
la comenzada historia en esta parte,
pues ya me va faltando ingenio y arte,
y nadie puede más de lo que puede;
mas si el benigno cielo me concede
del todo que me falte alguna parte,
yo sacaré tras ésta la segunda
con pie más lento y mano más fecunda.

Queda lo principal y más granado
de lo que sólo a Chile pertenece,
por donde lo de ahora es flor que ofrece
el fruto para entonces sazonado;
déjolo, pues, aquí, considerado
que la materia y no la forma crece,
y porque si han gustado de escucharme,
quiero con tal ganancia levantarme.